

Lecturas

Sor Juana Inés de la Cruz (México, 1648-1695), "De amor y de discreción"	7
Esther Tapia de Castellanos (México, 1842-1897) "La patria"	8
Laura Méndez de Cuenca (México, 1853-1928) "El decantado feminismo"	11
Abeja [Victoria González] (México, Siglo XIX) "Un realista de veinte años"	13
Concha Urquiza (México, 1910-1945) "¡Te amo!"	16
Josefina Vicens (México, 1911-1988) <i>El libro vacío</i> (fragmento)	17
Guadalupe Dueñas (México, 1920-2002) "Los barcos"	18
Claribel Alegría (Nicaragua y Salvador, 1924- 2018) "La gitana" y "En la playa"	19
Rosario Castellanos (México, 1925-1974) "Memorial de Tlatelolco"	21



Inés Arredondo (México, 1928-1989) "Orfandad"	23
Enriqueta Ochoa (México, 1928-2008) "Retorno de Electra"	25
Luisa Josefina Hernández (México, 1928) <i>Entre iconos, enigmas y caprichos.</i> <i>Navegaciones múltiples</i> (fragmento) / <i>Memorias: Luisa Josefina Hernández, conversaciones con David Gaitán</i> (fragmento) / <i>La mirada crítica de Luisa Josefina Hernández: reseñas de crítica teatral y literaria</i> (fragmento)	29
Margarita Villaseñor (México, 1937-2011) "La poesía"	31
Aline Pettersson (México, 1938) "Ariadna en Naxos" / "El otro"	32
Diamela Eltit (Chile, 1949) <i>El infarto del alma</i> (fragmento)	34
Amelia Valcárcel (España, 1950) "El temible ejercicio de la equipotencia"	35
Chantal Maillard (Bruselas, 1951, de nacionalidad española) "Escribir"	36
Mónica Lavín (México) "La señora Lara" (fragmento)	45
Myriam Moscona (México, 1955) "Pisapapeles"	47



Minerva Margarita Villarreal (México, 1957) "Madera de Ávila", "Laude" "Una rosa es una rosa es una rosa..." "El ojo de agua de sus manos" / "Verdaderas fatigas del diario"	49
Rosa Beltrán Álvarez (México) "Efectos secundarios" (fragmento)	55
Ana Istarú, seud. Ana Soto Marín (Costa Rica, 1960) <i>Hombres en escabeche</i> (fragmento)	57
Ana Clavel (México) "Un corazón fuerte" (fragmento)	59
Odette Alonso (Santiago de Cuba) "Balcón al mar"	60
Cristina Rivera Garza (México, 1964) <i>Nadie me verá llorar</i> (fragmento)	61
Samantha Schweblin (Argentina, 1978) "El hombre sirena" (fragmento)	63
María Vázquez Valdez (México) "Ramos de luz"	65
Verónica Gerber Bicecci (México, 1981) <i>Conjunto vacío</i> (fragmento)	66
Elvira Liceaga (México, 1983) <i>Carolina y otras despedidas</i> (fragmento)	67
América Femat (México, 1984) "¿Quién contra quién?"	68



Isabel Zapata (México, 1984) <i>Las noches son así</i> (fragmento) /	69
Alaíde Ventura Medina (México, 1985), “Epífitas de ciudad inhóspita” (fragmento) /	69
Jazmina Barrera (México, 1988), <i>Cuaderno de faros</i> (fragmento)	70
Fernanda Triay (México, 1993-) <i>Sed</i> (fragmento)	71
Laureana Wright (México, 1846-1896) <i>Educación y superación femenina en el siglo XIX: dos ensayos de Laureana Wright</i> (fragmento)	74



Décimas "De amor y de discreción"

Sor Juana Inés de la Cruz (México 1648-1695)

Que demuestran decoroso esfuerzo de la razón contra la vil tiranía de un amor violento.

Díme, vencedor Rapaz,
vencido de mi constancia,
¿qué ha sacado tu arrogancia
de alterar mi firme paz?
Que aunque de vencer capaz
es la punta de tu arpón
el más duro corazón,
¿qué importa el tiro violento,
si a pesar del vencimiento
queda viva la razón?

Tienes grande señorío;
pero tu jurisdicción
domina la inclinación,
mas no pasa al albedrío.
Y así librarne confío
de tu loco atrevimiento,
pues aunque rendida siento
y presa la libertad,
se rinde la voluntad
pero no el consentimiento.

En dos partes dividida
tengo el alma en confusión:
una, esclava a la pasión,
y otra, a la razón medida.
Guerra civil, encendida,

aflige el pecho importuna:
quiere vencer cada una,
y entre fortunas tan varias,
morirán ambas contrarias
pero vencerá ninguna.

Quando fuera, Amor, te vía,
no merecí de ti palma;
y hoy, que estás dentro del alma,
es resistir valentía.

Córrase, pues, tu porfía,
de los triunfos que te gano:
pues cuando ocupas, tirano,
el alma, sin resistillo,
tienes vencido el Castillo
e invencible el Castellano.

Invicta razón alienta
armas contra tu vil saña,
y el pecho es corta campaña
a batalla tan sangrienta.

Y así, Amor, en vano intenta
tu esfuerzo loco ofenderme:
pues podré decir, al verme
expirar sin entregarme,
que conseguiste matarme
mas no pudiste vencerme.



Sor Juana Inés de la Cruz, "De amor y de discreción", en *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz. I. Lírica personal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

"La patria"

Esther Tapia de Castellanos (México, 1842-1897)

"Patria, patria, nombre santo,
nombre dulce y bendecido,
voz de celestial encanto,
que haces derramar mi llanto
con tu mágico sonido!".

Así una mujer decía,
y reclinado en su seno
un tierno niño la oía,
diciéndole de ansia lleno:
"¿Qué es la patria, madre mía?".

"Hijo, ese nombre adorado
es manantial de emociones;
es lo que hay más venerado,
es un conjunto sagrado
de recuerdos e ilusiones.

Es el sitio do nacimos,
donde primero lloramos
y la luz primera vimos;
do el amor filial sentimos
y el de una madre gozamos.

Es aquel lugar risueño
donde vivió nuestro padre,
donde veló nuestro sueño
con un semblante halagüeño
nuestra cariñosa madre.

Son los templos majestuosos
donde de niños rezamos;
el huerto donde jugamos,
y los árboles frondosos
a cuyo pie nos sentamos.

[...]

Es el techo do anidaron
mansas y parleras aves
que a la aurora nos cantaron,
y nuestro sueño turbaron
con trinos dulces, süaves.

[...]

El sitio donde crecimos,
donde entre amigos moramos,
donde entre hermanos vivimos,
en donde juntos dormimos,
en donde juntos jugamos.

Es ese lugar sagrado
de las tiernas afecciones;
es lo que hay más venerado;
¡es un conjunto adorado
de recuerdos e ilusiones!".



Esther Tapia de Castellanos,
"La patria", en *El Renacimiento*,
tomo I, México, 1869.

Así la madre decía,
y reclinado en su seno
el tierno niño la oía,
diciéndole de ansia lleno:
“¿La amas mucho, madre mía?”.

“¡Oh!, sí, mi bien, yo la amo,
como a una madre la adoro;
por ella de amor me inflamo,
y con orgullo la llamo
mi adoración, mi tesoro.

En esta patria nací,
en ella tuve una madre,
la vida en ella te di,
y el amor de un tierno padre
y el de un esposo sentí.

[...]

Amo su cielo estrellado,
de su luna los fulgores,
de su sol los resplandores,
y su suelo tapizado
de mil balsámicas flores.
Amo sus grutas hermosas
por los amores formadas,
sus magníficas cascadas,
y sus fuentes primorosas
y sus brisas perfumadas.
Amo sus altivos montes
do alza el ave sus cantares;
amo sus potentes mares,

sus lejanos horizontes
y sus bosques seculares.

Si la suerte me llevara
hacia otra tierra mejor,
que oro y dicha me brindara,
siempre allá me marchitara
como trasplantada flor.

Por esta tierra bendita
llorara mi corazón,
como lloró el israelita
en su tristeza infinita
por su idolatrada Sion.

[...]

Hay una aurora de amor
que sólo en la patria viene;
un agradable calor,
y un delicioso sabor
que sólo la patria tiene.
Mi vida toda daría
por esta patria tan bella”.
Así la madre decía,
y el niño le respondía:
“Madre, ¿qué quieres para ella?”.

“Quiero mirarla elevada
sobre todas las naciones;
grande, sabia, respetada,
de laureles coronada,
tremolando sus pendones.



[...]

Mirar su corte formada
de filósofos profundos;
de ingenieros rodēada,
y astrónomos que a otros mundos
lleven su altiva mirada.

De músicos y pintores,
de poetas laureados,
de sublimes escultores,
de críticos afamados
y justos historiadores.

De nuestro siglo a la altura
ver en toda su grandeza
su rica literatura;
su feraz agricultura
ver en toda su riqueza.

[...]

No ver más contiendas quiero
de hermano contra el hermano:
mas si un osado extranjero
la ultraja, ver en su mano
siempre empuñado el acero.

En fin, quiero, hijo del alma,
para esta patria querida,
de la paz la dulce calma,
de la victoria la palma
y la virtud bendecida.

Y por el amor sincero
que tengo a esta patria amada,
por único premio espero
dormir mi sueño postrero
bajo su tierra sagrada”.



"El decantado feminismo"

Laura Méndez de Cuenca (México, 1853-1928)

(fragmento)

En Europa lo mismo que en América al hombre le hace cosquillas el movimiento feminista como si le pasaran una pluma por las fosas nasales. Eso de que la parte del género humano a que los filósofos en la Antigüedad negaron la posibilidad de tener alma, y los de los tiempos modernos inteligencia, raciocinio, etc., les dispute el puesto en la oficina, en el taller y en el laboratorio, no es cosa de poderse aguantar sin poner el grito en el cielo. Y vaya si lo ponen. [...]

Verdad que pocos hombres son tan audaces como la mujer para arrojarse en brazos de lo desconocido, cuando quieren llevar a empeño una cosa. La necesidad la empuja a hacer prodigios. Cuántas mujeres han sido criadas en el amable embrutecimiento que la rutina prescribió para su preparación de reinas del hogar y ángeles de guarda de los hombres, y en un momento dado, viéndose en alguna dificultad doméstica, supieron sacar de sí mismas energías, buen juicio, tantas cualidades que nadie había tratado de descubrir en ellas ni de desarrollar. Porque, téngase bien entendido que, en el concepto del hombre, el ángel del hogar de sus sueños ha de ser una bestia de reata, sin individualismo, ni responsabilidad, ni nada. Su criterio ha de ser el del señor su padre, el señor su hermano, el señor su esposo o el señor su hijo; sus luces, cuando luces le entren en la mente, deben ser reflejos de las del varón que hace para ella de jefe de familia; su misión en el mundo, de joven, ser el ideal del señor, el pretexto para que si el señor es artesano, no se emborrache más que los domingos; si estudiante, pinto venado con menos frecuencia; si militar, faltar menos al cumplimiento de su deber [...]

Pero he aquí que ese ángel del hogar se ha cansado de cargar esas alas estorbosas que le han pegado como las de Ícaro, y se ha cansado también de ser adorada e incensada a costa de la ignorancia que es la rebajación del espíritu y la inacción que es la muerte del cuerpo. Parte de la especie humana quiere tener derecho a la verdadera vida. A la intelectual que es la luz y no a la del topo a la que se le ha condenado. Quien ha dicho que su verdadero puesto es el hogar, ha dicho bien, pero quien supone que para ocupar dignamente ese "verdadero puesto" no ha menester sino tinturando los conocimientos humanos no tiene ni siquiera noción del significado moral de la familia. La mujer, formada por la naturaleza



Laura Méndez de Cuenca, "El decantado feminismo", en *El Imparcial*, t. XXII, n. 4065, 17 de noviembre de 1907.

para vivir en sociedad con el hombre, necesita compartir con él el sentimiento y la virtud lo mismo que la ciencia y el arte [...]

Porque la mujer es de suyo honrada y generosa, anhela su manumisión legal... Pide en nombre de la justicia que se la dote convenientemente para la lucha por la vida; que se la respete de día y de noche y en todo lugar; que se la remunere por su trabajo al igual que al hombre, cuando la labor es buena, y no se le acorte la paga desestimando su obra por ser mujer.



"Un realista de veinte años"

Abeja [Victoria González] (México, Siglo XIX)

(fragmento)

Un día me encontró derramando lágrimas sobre el libro que leía. Era la *María*, el tierno idilio que todos conocemos y sobre cuyas páginas todos hemos llorado a los veinte años. Sin embargo, mi amigo sonrió compasivamente al verme, y aquella sonrisa despertó en mí la curiosidad por conocer sus ideas. Desde entonces, siempre que nos reuníamos teníamos largas conversaciones en que se me aparecía como el hombre más tristemente decepcionado, casi un escéptico.

Había veces en que hasta lo compadecía y sentía tristeza al considerarlo tan desgraciado. Sobre el amor, sobre todo, exponía teorías de frialdad aterradora: negaba casi su existencia y si la admitía era de un modo extravagante: no como todos los muchachos de veinte años. Yo ignorante, le hablaba algunas veces de literatura y me entusiasmaba al recuerdo de la *Graziella* de Lamartine y otras obras de estilo romántico que dejan en un corazón juvenil impresiones tan profundas haciendo a cada uno imaginarse héroe o heroína de aventuras parecidas a las de las Eloisas y Virginias; Pablos y Abelardos de los romances que ha leído.

Mi amigo sonreía siempre. ¿Qué valían todas esas necias ficciones comparadas a una novela de estilo realista? A cualquier libro de Zola, por ejemplo. Y trataba de hacerme comprender que en la época actual, en la manera de ser de las sociedades modernas, los libros románticos ni enseñaban ni divertían; los tiernos idilios hacían sonreír a los escépticos, porque así como al pueblo hay que hablarle con lenguaje apropiado y ponerle comparaciones al alcance de su inteligencia, así en el grado de libertad de costumbres que nos encontramos hay que pintar el vicio desnudo para que realce su fealdad. Y era cosa de verlo, entusiasmado hablando del autor realista por excelencia del que solo le disgustaba una obra *Le Réve*. ¡Que diferencia entre aquel idilio, aunque fura descrito con talento, y las magníficas descripciones de *La Ralea*, por ejemplo.

Cuando me hablaba de sus propios amores, es decir, de los que había tenido en su juventud (y tenía veinte años) reía de sí mismo. ¡Qué necio he sido! ¡Qué estúpidos lances! ¡Qué de románticas aventuras! Imposible parece, me decía, que yo haya sido el héroe de historias semejantes. Y al recuerdo de los rizos de cabellos y de las flores mustias que como prendas queridísimas guardar en otro tiem-



Abeja [Victoria González], "Un realista de veinte años", en *El Nacional*, 16 de noviembre de 1890.

po, parecía irritarse contra sí mismo. ¡Qué amor, exclamaba, tonterías, mentiras! Yo no niego que la primera vez que se escucha un –yo te amo– se sienta alguna emoción, al fin se está en una edad en que las cosas se ven bajo un prisma engañoso; y además, la vanidad entra por mucho en todas las cosas de la vida, y quizás lo que se cree un sentimiento purísimo y tan ardiente que es capaz de incendiar el corazón humano (y vaya que es frío), no sea más que un impulso de la misma vanidad del amor propio lisonjeado. ¿Y las noches a la intemperie? ¿Y los días en que se resiste el sol y la lluvia? ¿Puede haber cosa más necia? ¿Y todo para qué? Para hacerle creer a la primera mujer a quien se encuentra al paso, que se la ama apasionadamente, que es el único objeto de nuestros anhelos; cosas todas que ella no cree para nada, porque tampoco siente, y que sin embargo trata a su vez de hacernos creer, porque la divierten, porque le gusta tomar parte de vez en cuando en la comedia que la humanidad representa constantemente a su alrededor.

Cuando escribía, porque tenía sus puntas de literato, eran también asuntos realistas los que escogía, y muchas jóvenes aun que admiraban su talento, decían que les pesaba que sus asuntos no fueran algo más ideales. Nunca el amor entraba para nada ahí, y yo pensaba, ¿cómo ha de escribir una cosa que juzga un mito, una ficción?

Una vez llegó a mis manos un manuscrito, y por la forma de letra y por el estilo más que nada, reconocí al autor; era mi amigo, es decir, el joven decepcionado. ¡Qué distante estaba aquello de una novela de Zola! Ni de Daudet o Claretie siquiera. Había ahí más poesía que todo el *Idilio* de Nuñez de Arce.

[...]

¡Pero aquel rostro! No, eso no es una alucinación, yo conozco esa cara! Vaya, es mi amigo! Pero, ¿por qué no me sorprende verlo aquí? ¿Qué hace ahí de pie en aquel ángulo, medio en tinieblas, inmóvil y con la vista fija en aquel banco en que nadie se sienta? Lo he comprendido todo. Paréceme que veo ante mis ojos las negras líneas del manuscrito aquel. Si esta es la iglesia poéticamente descrita por el estudiante enamorado. Las inmóviles imágenes de los altares son las mismas en otro tiempo mudos testigos de los amores castos de la niña pálida y por eso todo a mí alrededor me es familiar; como aquellas personas a quienes se ve por vez primera después de oír hablar largo tiempo de ellas y cuyos gustos, cuyas ideas nos son ya muy conocidos. Si, efectivamente, ahí está el bando donde se sentaba la niña, ese es el sitio desde donde él la contemplaba, y por un momento mi amigo desaparece de mi vista y solo queda el héroe del romance. Pero pasados algunos



momentos, vienen a mi mente las largas conversaciones del escéptico de veinte años, el que no cree en el amor y no conserva ya ni una ilusión, y entonces a mis labios a los que asoma burlona sonrisa al ver a aquel hombre, en el interior de un templo, rindiendo culto a lo más metafórico que puede existir: a la sombra de un recuerdo. Y mientras él seguía estático contemplando el sitio desierto yo pensé en que por muy decepcionado que se esté siempre se es soñador a los veinte años.

Abeja



"¡Te amo!"

Concha Urquiza (México, 1910-1945)

29 de agosto, 1940

JESÚS mío: puede ser que yo no sirva para nada, pero te amo –¿y qué importo yo?–, Te amo, ¡Tú sabes cuánto! Yo creía haber amado mucho antes de encontrarte, y me parecía conocer todos los aspectos del amor y todas las formas de la pasión; pero ahora me doy cuenta de que no sabía nada de lo que era amar. Tal vez dentro de tres o cuatro años pueda decir lo mismo que ahora; tal vez entonces mi amor de hoy me parecería muy pequeñito –seguramente entonces te amaré muchísimo más que ahora. De eso no sé nada; lo que sé es que nunca, jamás, había amado nada ni a nadie como a Ti te amo.

Te amo, Jesús mío –Tú sabes cuánto; miserable, cobarde, infiel como soy aún, ¡Tú sabes cuánto te amo!

Si Tú no tuvieras sobre mí todos los derechos, yo te los daría; si pudiera escapar a tu dominio soberano, vendría a entregarme a Ti voluntariamente. ¿Qué he hecho para merecer amarte, para merecer orar, para merecer comulgar, sobre todo? Supongo que ser más miserable que los otros: "*un abismo llama a otro abismo*" (Salmo XLI-8).

Te amo cuando arde mi corazón, cuando todas mis potencias no forman sino una sola aspiración a Ti, como una sola llama–; pero sé que también me dejarás amarte cuando el corazón esté frío, y no encuentre placer, sino tedio, al acercarme a Ti.

¡Te amo! No me cansaré de decírtelo: ¡te amo! Ahora comprendo que el infierno es obra de Tu amor: si yo te traicionara, sólo el infierno podría satisfacer el odio que me tendría a mí misma. Dulce Salvador mío, quiero amarte más y quiero más de Ti, aunque para conseguirlo tenga que sufrir mucho.

Supongo que todavía quedan muchos años en el mundo delante de mí: años de trabajo, de lucha, de purificación: años de amor y gozo –y tal vez en ese porvenir se esconden desconcierto y angustia–. Pero esos años o esos días –lo que Tú quieras–, los pasaremos juntos; y si hay tinieblas y dolores, esos dolores, que ya pasaron por Tu corazón antes de llegar al mío, nos estrecharán uno al otro más fuertemente.

Después..., vendrá un gran dolor, una sacudida mortal, y me encontraré en Tus brazos: –el tiempo habrá pasado–. ¡Y no nos separaremos ya más!



Concha Urquiza, "¡Te amo!", en *Concha Urquiza. Poemas y Prosas*, Gabriel Méndez Planarte (ed.), México, Editorial Jus, 1977.

El libro vacío

Josefina Vicens (México, 1911-1988)

(fragmento)

Parece que no nos damos cuenta y en realidad así es. Los objetos simplemente están y envejecen a nuestro lado. Pero en este momento que lo pienso, que lo escribo, me percaté de la tierna importancia que tienen para nuestro amor y de cómo lo anudan y lo protegen. Cuando nos casamos compré una batería de cocina: vasijas, sartenes, cucharones; todo flamante, de magnífico aluminio. Estaba yo muy satisfecho y muy seguro del entusiasmo que mi adquisición iba a producir en mi mujer. Pero cuando ella vio todos los objetos, nuevos y brillantes, dijo con una especie de inquietud:

—¡Ay, quisiera que ya estuvieran viejos!

No era precisamente la frase que yo esperaba, pero era, sin duda, la frase del buen amor. Del amor que más que en disfrutar las sorpresas y goces iniciales, piensa en lo duradero, en lo permanente. Nuevas, brillantes, esas vasijas no eran nuestras aún. Viejas ya, ahumadas, deformadas, sí lo serían y su deterioro significaría nuestro fuego, nuestros alimentos, nuestro tiempo, nuestra convivencia.



Josefina Vicens, *El libro vacío*, México, Compañía General de Ediciones, 1958.

"Los barcos"

Guadalupe Dueñas (México, 1920-2002)

Me gustaría vivir en el mar en un inmenso barco: un buque en lo alto del oleaje, confiado al abrazo del silencio y al gran rebaño de espuma. Más allá de los soles, en las regiones lúcidas; a salvo del incendio de los juegos prohibidos y de los silbos de locura; ajena a la realidad que nutre a los fantasmas. Quieta, porque mi sueño gigante inmoviliza el caminar. Cada amanecer recorrería sus pabellones multicolores, sus pasadizos laberínticos y galerías recónditas, sus retorcidas escalinatas con barandas de brisa, sus encristaladas tapias color del poniente.

Me cautivan los barcos, me atrae su forma y su misterio, me apacigua ignorar el rumbo a seguir. Quiero vivir en un barco, pero sin llevar anclas nunca, sino aquí, en este mar cuyas arenas conozco, en esta bahía aprendida minuto a minuto. Sí, en este mismo mar eternamente. Mi vagabundeo estaría definido por una sola estrella. Podría asir mi tiempo, podría atraparlo con garras y dientes, mientras los luceros pasan... Aunque no sé. A veces me arrepiento del crimen cometido a causa de este anhelo insensato, al tomar un barco donde no aparecen los relojes, donde sólo puedo inventar la existencia, porque evidentemente no cambiaré la dirección, ni agitaré los brazos, ni estallaré en un grito, cuando mire alejarse otras barcas. No seré capaz de fingirme sirena, ni he de usurpar canciones para el naufragio, porque mis movimientos están contenidos tan inflexiblemente como el viento.



Guadalupe Dueñas, "Los barcos", en *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017.

"La gitana"

Claribel Alegría (Nicaragua y Salvador, 1924-2018)

—¿Por qué siempre te vistes con colores tan chillones?— le preguntó Luisa a la gitana.

—A lo mejor por nostalgia. Cuando tenía unos trece años, veía mi vida como una pompa de jabón iridiscente. Una gran pompa de jabón. Pero todas estas muertes cotidianas, el peso de la rutina, el noticiero desaforado de las ocho, las pequeñas mezquindades, la fueron destiñendo poco a poco y ahora apenas le quedan unos cuantos destellos de arcoíris.

"En la playa"

Una mañana de julio estaba Luisa en la playa y junto a ella, distraída, se encontraba la gitana. Ximena se acercó llorando. Sus primos le habían torcido un dedo porque no quería seguir acarreándoles arena. Luisa trató de consolarla sobándole el dedito y diciéndole cualquier cosa. La gitana se echó a reír, la llamó a su lado y le dijo:

No ha sido nada
ven
voy a contarte un cuento si no lloras
pasa en la China el cuento,
¿sabes dónde es la China?
dijo que no con la cabeza
y se acercó sin ganas
con la nariz mucosa
y el bañador azul
chorreando arena.

Hace mucho, le dijo
mientras la sentaba en su regazo

allá en China
les ataban los pies a las mujeres
todo el cuerpo crecía
sólo el pie
se quedaba allí preso
entre las vendas
y las pobres mujeres
casi no podían caminar
las uñas de las manos
se las dejaban largas
más que uñas eran garras
y las pobres mujeres



Claribel Alegría, "La gitana" y "En la playa" (viñetas), en *Luisa en el país de la realidad*, El Salvador, UCA Editores, 2005.

apenas si podían levantar una taza
para tomar el té.

No es que fueran inútiles
es que así las querían
sus maridos
sus padres
sus hermanos,
un objeto de lujo
o una esclava.
Eso sucede aún
en todo el mundo
no son los pies los que atan
es la mente, Ximena,
y hay mujeres que aceptan
y mujeres que no.
Déjame que te cuente
de Rafaela Herrera
con tambores
con cohetes
con sábanas ardiendo
espantó nada menos
que a Lord Nelson
tuvo miedo Lord Nelson
creyó que el pueblo entero

se había sublevado
(llegaba de Inglaterra a invadir Nica-
ragua)

y regresó a su patria
derrotado.

Tu dedito torcido
es como ser mujer
tienes que usarlo mucho
y verás como sirve.
Vuelve a jugar ahora
no acarrees arena
ayúdale a tus primos
a construir el castillo
ponle torres
y muros y terrazas
y destruye
y construye
y sigue abriendo puertas.
No acarrees arena
deja que ellos lo hagan
por un rato
que te traigan a ti
baldes de arena.



"Memorial de Tlatelolco"

Rosario Castellanos (México, 1925-1974)

La oscuridad engendra la violencia
y la violencia pide oscuridad
para cuajar el crimen.
Por eso el dos de octubre aguardó hasta la noche
para que nadie viera la mano que empuñaba
el arma, sino sólo su efecto de relámpago.
Y a esa luz, breve y lívida, ¿quién? ¿Quién es el que mata?
¿Quiénes los que agonizan, los que mueren?
¿Los que huyen sin zapatos?
¿Los que van a caer en el pozo de una cárcel?
¿Los que se pudren en el hospital?
¿Los que se quedan mudos, para siempre, de espanto?
¿Quién? ¿Quiénes? Nadie. Al día siguiente, nadie.
La plaza amaneció barrida; los periódicos
dieron como noticia principal
el estado del tiempo.
Y en la televisión, en la radio y el cine
no hubo ningún cambio de programa,
ningún anuncio intercalado ni un
minuto de silencio en el banquete.
(Pues prosiguió el banquete.)
No busques lo que no hay: huellas, cadáveres,
que todo se le ha dado como ofrenda a una diosa:
a la Devoradora de Excrementos.
No hurgues en los archivos pues nada consta en actas.
Ay, la violencia pide oscuridad
porque la oscuridad engendra sueño
y podemos dormir soñando que soñamos.
Mas he aquí que toco una llaga: es mi memoria.
Duele, luego es verdad. Sangra con sangre.



Rosario Castellanos, "Memorial de Tlatelolco", en *Poesía no eres tú*, México, Fondo de Cultura Económica 1972, (Letras Mexicanas).

Y si la llamo mía traiciono a todos.
Recuerdo, recordamos.
Esta es nuestra manera de ayudar a que amanezca
sobre tantas conciencias mancilladas,
sobre un texto iracundo, sobre una reja abierta,
sobre el rostro amparado tras la máscara.
Recuerdo, recordemos
hasta que la justicia se siente entre nosotros.



"Orfandad"

Inés Arredondo (México, 1928-1989)

A Mario Camelo Arredondo

Creí que todo era este sueño: sobre una cama dura, cubierta por una blanquísima sábana, estaba yo, pequeña, una niña con los brazos cortados arriba de los codos y las piernas cercenadas por encima de las rodillas, vestida con un pequeño batoncillo que descubría los cuatro muñones.

La pieza donde estaba era a ojos vistas un consultorio pobre, con vitrinas anticuadas. Yo sabía que estábamos a la orilla de una carretera de Estados Unidos por donde todo el mundo, tarde o temprano, tenía que pasar. Y digo estábamos porque junto a la cama, de perfil, había un médico joven, alegre, perfectamente rasurado y limpio. Esperaba.

Entraron los parientes de mi madre: altos, hermosos, que llenaron el cuarto de sol y de bullicio. El médico les explicó:

—Sí, es ella. Sus padres tuvieron un accidente no lejos de aquí y ambos murieron, pero a ella pude salvarla. Por eso puse el anuncio, para que se detuvieran ustedes.

Una mujer muy blanca, que me recordaba vivamente a mi madre, me acarició las mejillas.

—¡Qué bonita es!

—¡Mira qué ojos!

—¡Y este pelo rubio y rizado!

Mi corazón palpitó con alegría. Había llegado el momento de los parecidos, y en medio de aquella fiesta de alabanzas no hubo ni una sola mención a mis mutilaciones. Había llegado la hora de la aceptación: yo era parte de ellos.

Pero por alguna razón misteriosa, en medio de sus risas y su parloteo, fueron saliendo alegremente y no volvieron la cabeza.

Luego vinieron los parientes de mi padre. Cerré los ojos. El doctor repitió lo que dijo a los primeros parientes.

—¿Para qué salvó eso?

—Es francamente inhumano.



Inés Arredondo, "Orfandad", en *Obras completas*, México, Siglo XXI Editores, 1988.

–No, un fenómeno siempre tiene algo de sorprendente y hasta cierto punto chistoso.

Alguien fuerte, bajo de estatura, me asió por los sobacos y me zarandéó.

–Verá usted que se puede hacer algo más con ella.



"Retorno de Electra"

Enriqueta Ochoa (México, 1928-2008)

Para poderte hablar,
así, de frente,
tuve que echarme toda una vida
a llorar sobre tus huesos.
Tuve que desandar lo caminado
desnudando la piel de mi conciencia.
Para poderte hablar
tuve que volver a llenarme de aire
los pulmones.
Y cuidar de que no se me encogieran las palabras,
el corazón, los ojos,
porque aún se me deshacen de agua
si te nombro.
Ya me creció la voz, padre, patriarca,
viejo de barba azul y ojos de plomo;
ya te puedo contar lo que ha pasado
desde que tú te fuiste.
Con tu muerte se quebrantaron todos los cimientos;
no me atreví a buscar,
porque no habría
un roble con tu sombra y tu medida
que me cubriera de la llaga de sol en mi verano.
Uní la sangre que me diste a otra sangre;
malherida,
borré la sombra del sexo entre los hombres
y me quedé vacía, a la intemperie...
Y no pude decir,
hasta que se hizo carne de mi carne el amor,
lo que era hallar la propia sombra, entregándose.
Después quise ubicarte en mí, te pesé,



Enriqueta Ochoa, "Retorno de Electra", en *Enriqueta Ochoa*, México, UNAM / Coordinación de Difusión Cultural, 2013, (Serie Poesía Moderna, núm. 182).

te ultrajé, te lloré, medí tus actos;
di vuelta atrás,
y volví a caminar lo desandado;
por eso puedo hablarte ahora, así,
porque entendí tu medida de gigante.

II

No podemos hacer nada con un muerto, padre,
se suda sangre,
se retuerce el aullido, tirado sobre las tumbas,
en un charco de culpa.
Padre, yo soy Pedro y Santiago,
el sable que doblado de sueño
castró su espíritu en tu oración del huerto.
Yo soy el viscoso miedo de Pedro
que se escurrió en la sombra
a la hora de tus merecimientos.
Soy el martillo cayendo sobre tus clavos;
el aire que no asistió al pulmón en agonía;
soy la que no compartió
el dolor anticipado que se encerró a devorarse;
la hendidura irresponsable,
la desbandada de apóstoles...
Soy este pozo de noche en que se hunde la conciencia.
Di, ¿qué se hace con un muerto, padre?
Di cómo lavo estas llagas,
si todo queda inscrito en el tiempo
y todo tiempo es memoria.

III

Colgábamos de ti
como del racimo la uva.
Cuando la muerte
reblandeció el cogollo de tu fuerza,
presentimos el vértigo de altura y la caída.



Uno a uno,
en relación directa a la pesantez de tu esencia,
descendimos.
Bajo anónimas pisadas me vi saltar la pulpa,
sorprendida.
Y no era orgía de vendimia,
ni enervación de culto;
fue ser la sangre a la sed de todos los caminos
dejar la piel desprendida
entre un enjambre de alambradas.
Ahora,
para afirmar la talla
con que tu amor me hizo,
sólo queda una espina:
la palabra.

IV
Perdón hermanos,
porque no alcanzo a verlos,
ahogada como estoy en mi hoyo
de pequeñas miserias.
¡Mentira que deseo morir!,
antes quisiera conocerlos
sin mi lente deforme,
quizá los amaría tanto,
o más de lo que estoy amando
a mi lastre de lágrimas
en este viaje de niebla.

V
Padre,
no puedo amar a nadie,
a nada que no sea este fuego
de sucia conmisericordia
en que se consume mi lengua.



Quiero otro aire,
otro paisaje que no sean los muros de mi cuerpo.
Emparedada, desconozco el resplandor del centro
y la desnudez de la periferia.
Voy a abrir brecha hacia los dos caminos
y quizá quede atrás
la trampa de la vieja noria.

1976



Fragmentos

Luisa Josefina Hernández (México, 1928)

Emilio se hacía de compromisos y no siempre podía escribirlos. Se presentaban emergencias, porque se iba de viaje o porque necesitaba el dinero o porque ya estaba harto del guión. Entonces Carballido acudía a mí. Una vez adaptó su novela *El Norte* y el director (o el productor) le dijo que no le gustaba la adaptación. Emilio me la trajo y me dijo: “Aquí está, hazle lo que quieras”. Entonces, recorté con las tijeras lo que no me gustó y luego pegué los pedazos del texto en páginas en blanco. Ese guión lo arreglé en una tarde y le agregué una sola frase, todo lo demás fue de él. Nunca creí que en una tarde se podía ganar tanto. Hasta el día de hoy mis hijos se acuerdan de cuando les pedí que fueran corriendo por el diurex. Bueno, el guión solamente estaba mal estructurado.

Yo le decía que no me diera crédito. Es en serio. A veces hubiera sido mejor. Por ejemplo: una vez hizo una adaptación de *El inocente* de D’Annunzio y le chocó el personaje femenino, a tal grado que no podía escribirlo. Yo hice todas sus escenas. Salió bien, pero nos dijeron ladrones a los dos por parejo, porque la productora cinematográfica no se había ocupado de comprar los derechos. Por desgracia esas no fueron las primeras ni las únicas calumnias. Toleré las críticas, unas francamente groseras y machistas [...] De los *Frutos Caídos* me dijeron que era asombroso que una mujer joven escribiera cosas que más bien corresponderían a una presidiaria. Le contesté el artículo por única vez en mi vida. No le fue bien.

[...] Me tocó vivir en una etapa de transición en aquello que se considera, o no, la igualdad de la mujer. En primer lugar, ¿igualdad a qué? A los hombres, ¿verdad? Pues lucidas estaríamos las mujeres de proponernos imitar algo tan criticado previamente. Sería cuestión, como finalmente se ha descubierto, de modificar ambas conductas con vistas a un cierto modelo, sino perfecto, mejor.

Yo viví la primera o segunda etapa de la transformación de la familia. La primera reacción de los hombres del siglo xx, más bien de la mitad del siglo, fue dejar de hacer lo que les agobiaba, o sea, trabajar menos, lo cual duplicó el trabajo de las mujeres. Yo trabajaba y podía sostener mi casa, pero cocinaba, cuidaba niños, estaba atenta al lavado de la ropa, a la limpieza de la casa, etcétera. O sea que hacía lo de mi casa y lo de afuera.” “El caso es que en México hubo un movimiento



Gloria Prado y Luzca Becerra (editoras), *Luisa Josefina Hernández: Entre iconos, enigmas y caprichos. Navegaciones múltiples* (fragmento), México, UNAM, TEC de Monterrey, Ibero, UAEM, FONCA. 2010; Luisa Josefina Hernández, *Memorias: Luisa Josefina Hernández, conversaciones con David Gaitán* (fragmento), México, Ediciones El Milagro, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2016 y *La mirada crítica de Luisa Josefina Hernández: reseñas de crítica teatral y literaria* (fragmento), México, UNAM, 2015.

feminista en el que no participé porque francamente estaba demasiado cansada. A las nueve de la noche se me cerraban los ojos y debía despertar a las cinco de la mañana para escribir.” “[...] Era mucho trabajo. Era mucho trabajo ser mujer.



"La poesía"

Margarita Villaseñor (1937-2011)

La poesía es hermanastra de la historia. Cuenta, como dice López Velarde, la vida perdurable de todas y de todos. Por eso el que lee o escucha un poema se identifica plenamente con el decir del poeta.

Como si el autor hablara por boca de todos o, más bien, como si todos habláramos por boca del poeta.

La poesía da expresión a la vida, a lo que el hombre en todos los tiempos y en todos los lugares siente, piensa y desea. ¿Quién, en la historia del mundo, no ha padecido celos? ¿Quién no ha sentido miedo de la muerte? ¿Quién no ha padecido la bienaventuranza del amor? ¿Quién no ha llorado la triste compañía de la soledad?

La poesía expresa la interrelación del hombre y del universo.

La poesía es síntesis, une objetos y conceptos aparentemente distintos y distantes: la poesía une la rosa con el amor, la pena con el corazón, la estrella con el sueño. La poesía es imagen.

La poesía es creación y por lo tanto es ludismo: el juego de la expresión, el juego de las palabras y su sonido, el juego de los significantes y los significados.

La poesía va más allá del lenguaje. Inventa y multiplica formas y contenidos. La poesía va más allá: hace a la palabra temporal y la dota de ritmos y cadencias, la convierte en música.

La poesía es tiempo y es espacio: dota al vocablo de medida y de volumen, cambia su dimensión.

Cuando la poesía entorna los ojos, se transforma el idioma y nacen significados nuevos.



Margarita Villaseñor, "La poesía", en *Poesía reunida*, México, Ediciones La Rana, Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1917.

"Ariadna en Naxos"

Aline Pettersson (México, 1938)

He intentado odiarte y
dejarme ahogar en la turbulencia
de mi furia.

Leño sometido por las olas
que de tumbo en tumbo
se deshace.

A veces conseguí salir
para hundirme, desgajada
la corteza.

He intentado enhebrar
con la memoria el camino
de la ruina.
Afanosa, morosa, amorosa
quise reconstruir
la ciega trayectoria de tus pasos,
de los míos.

A veces conseguí hilar fragmentos
de las palabras que me niegas,
para volver a extraviarme
atónita y sin fuerzas.

He intentado desviar
el flujo necio del recuerdo,
cercenarte y convencerme
de tu infamia,
recobrar el equilibrio
que tu imprevista llegada deshiciera.

Pero ni a veces
he logrado adueñarme de esa
que yo era
y que tú con crueldad aniquilaste.



Aline Pettersson, "Ariadna en Naxos", en *Universidad de México, Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, no. 520, mayo de 1994.

"El otro"

Aline Pettersson (México, 1938)

Salir de mí para llegar al otro
el otro ¿el amado?
que lentamente destejió lazos
urdidos para la brevedad ínfima
del tiempo el otro ¿la familia?
deshaciéndose en la opacidad cruel
de incomprensión y usura
el otro ¿mi país?
que arde sordo y ciego azuzado
por los perros de la inquina
el otro ¿yo?
esta desconocida que se busca
en el erial de la palabra
mas la palabra no aprehende el aleteo
de una ilusión perpleja
el otro ¿la muerte?
Acaso ella sea custodia
de esa respuesta imperturbable.



Aline Pettersson, "El otro", en *Revista de la Universidad de México*, no. 33, noviembre de 2006.

El infarto del alma

Diamela Eltit (Chile, 1949)

(fragmento)

Te escribo:

¿Has visto mi rostro en algunos de tus sueños?

¿Aparezco en tus sueños serena o reprochándote por las abrumadoras faltas que contiene el pasado? ¿Sufres al despertar o te entregas a la invasora inconciencia? Ah, tú y yo habitamos en una tierra difusa, con grietas tan profundas que impiden el encuentro. A quién podría decirle que el ángel se niega a llevarme sobre sus espaldas y me desprecia y me abandona en las peores encrucijadas que presentan los caminos. No hay sombra más devastadora, más poderosa que la que proyecta el vuelo de un ángel. Sé que necesito una espada para abrirme camino ahora que la tierra acaba de espesarse. Podría confesar, en este mismo instante, que cuando te vi lejano quise que la intransigente tierra te cegara. Imaginé una muerte digna de tu altura, llegué a pensar que mi propia mano se haría vengativa. ¿Con qué derecho hubiste de torcer el curso de mi mano? Pero nada de eso permanece, hoy sólo espero que el ángel me lleve trepada por su espalda. Quiero que el ángel se curve por mi peso y sude y se maldiga por el abyecto trabajo de cargar mi humano cuerpo. El ángel siempre vocifera escudado en la impunidad que le otorga su pureza. No te imaginas lo que es vivir con la voz de un ángel que te impreca todo el tiempo y te dice que no serás, que no serás, que no serás amada. Que no serás amada te dice la inquisitiva voz del ángel y me confunde y no cumple con su tarea de elevarme. Mis padres confían plenamente, permiten que en la noche se extienda a mi costado y murmure las frases que me cortan los sueños. Mis padres me entregaron al ángel justo en el instante de mi nacimiento. Mi madre entonces se encontraba fatigada, mi padre estaba confundido, trémulo diría por los costos de una desfavorable transacción. El ángel quedó a cargo de encauzar mi palabra, mi oído, mi deseo. El ángel aúlla que su misión ha sido catastrófica. Fuma largas briznas de tabaco y duerme y se despierta y fuma la interminable brizna de tabaco. Dice a todas horas con una voz monótona que tú no me has, que tú no me has, que tú no me has amado. Que tú no me has amado dice el monótono ángel y la voz de mi madre y la voz de mi padre susurran al unísono que están avergonzados. Por mi culpa el ángel envejece descaradamente. Mi padre sostiene a mi madre sobre sus espaldas y parece cansado. Habremos de entregarnos a un sueño profundo. Ah, el deber de ser virtuosa. Oh, Dios, pero qué hacer con esta extensa corrupción.



Diamela Eltit, *El infarto del alma*, Chile, Francisco Zegers editor, 1994.

"El temible ejercicio de la equipotencia"

Amelia Valcárcel (España, 1950)

Sartre regaló a la joven formal Simone, con quien pretendía intimar, uno de sus numerosos retratos burlescos de Leibniz. El dibujo presentaba a un señor empelucado en una bañera de patas que compartía con ovoides claramente feminizados. *El baño de Leibniz con las mónadas*, lo titulaba. Simone lo aceptó, ceremoniosamente y de usted, como toda su vida se trataron, pero comentó: "¿Por qué no se baña cada mónada con dos leibnices?". Sabemos, porque ella lo afirma, que encontró en él a su igual; él nunca se resignó a desocupar la bañera del todo. Ambos decidieron que había algunas mónadas siempre que persistieran los dos leibnices: uno frente a otro, una perpetua imagen del otro. Cada uno su obra, cada uno su casa. Eso no es, propiamente hablando, ser la compañera de los héroes; tiene más bien el aspecto de una gigantomaquia. Juzgar a Beauvoir por apelación constante a esa relación, que en todo caso no debe ser oscurecida, es traicionar y ser tonto respecto a lo que ella escribió en su diario juvenil: "¡Soy mucho más de lo que puedo hacer!".

Era conocida la relación que Beauvoir mantenía con Sartre. Había encontrado en él a su primer igual. Toda su vida de pareja se trataron ceremoniosamente de usted, tuvieron casas separadas, obras separadas, aventuras de cada cual. La maternidad o el matrimonio no entraron en el horizonte de lo que Simone de Beauvoir consideraba deseable para ella. Renunció a sus cargas y a sus compensaciones. Vivió su libertad en la soledad independiente que esta relación regladísima permitía, instalada en una sutil ambigüedad que consideraba la postura moral más correcta. La pareja no es una relación concebida para igualitaria, sino un equilibrio de papeles. Ambos, Sartre y Beauvoir, intentaron darle otro contenido. Pero era ella quien más arriesgaba en la prueba.

"No se nace mujer, se llega a serlo". Simone de Beauvoir, que lanzó esta consigna que alienta en todo movimiento feminista, fue filósofa, ensayista, novelista y, además, una de esas personas que tuvo que experimentar con su propia vida. Vida que ha sido un ejemplo de lucidez, independencia, valor y compromiso. Y, sobre todo, de trabajo.



Amelia Valcárcel, "El temible ejercicio de la equipotencia", en *Sexo y filosofía. Sobre "mujer" y "poder"*, Madrid, Horas y HORAS, 2013.

"Escribir"

Chantal Maillard

(Bruselas, 1951, de nacionalidad española)

Escribir
escribir

en las garras de un ave
carroñera

para curar
en la carne abierta
en el dolor de todos
en esa muerte que mana
en mí y es la de todos

escribir

para decir el grito
para arrancarlo
para convertirlo
para transformarlo
para desmenuzarlo
para eliminarlo
escribir el dolor
para proyectarlo
para actuar sobre él con la palabra

escribir

para ahuyentar la angustia que describe
sus círculos de cóndor
sobre la presa

escribir

aunque en el alma no

para descansar
(escribir que el sol, en invierno, es hermoso)

en el alma
la estimación del tiempo que concluye
y es arriba
algo más que un silencio
con ojos semiabiertos

por no llorar tan dentro
tan a escondidas

escribir

escribir

como condescendencia y como rebeldía
sin elección
sin pausa
porque se va la luz, las fuerzas
se le acaban
y el ser se va de vuelo

hacia la extenuación
para que se derrame el dolor contenido
desde el inicio del mundo

escribir
para rebelarse
sin provecho



Chantal Maillard, "Escribir", en *Matar a Platón*, Barcelona, Tusquets Editores, 2004.

a pesar de la derrota ya prevista

porque no hay rebeldía que no esté justificada
ni violencia que no sea, en el fondo,
inocente,
escribir

con derecho al llanto

escribir para curar
escribir para guarecerse
escribir como si cerrase los ojos
para no cerrarlos
para mover la mano y seguir su curso
para sentirse viva

AÚN

para aplazar la angustia
como simulación
para guiar la mente y que no se desboque
para controlar lo controlable

escribir

como quien deja la luz encendida
y duerme de pie sobre sí mismo
para saldar las cuentas con el miedo

escribir
para reorganizar

escribir
sin hacer concesiones

escribir
como quien des-espera
para cauterizar

para tomarle las medidas al miedo
para conjurar

para morder de nuevo el anzuelo de la vida
para no claudicar

escribir
para apuntar al blanco

escribir
con palabras pequeñas
palabras cotidianas
palabras muy concretas
palabrasojo
palabras animales
palabrasbocadegato
ásperas por dentro y por fuera
suaves como “tal vez”
palabraslatigazo
como “demasiado” y “tarde”

escribir
para no mentir
para dejar de mentir
con palabras abstractas
para poder decir tan sólo lo que cuenta

decir que a las once
de la noche de hoy
mientras la luz calienta
el lado izquierdo de mi almohada
y la sábana verde se desdobra
en el espejo del armario
estoy en mí
en el lugar en que acostumbro
a encontrarme
en este aquí hecho de extraña



duración en lo mismo
repetiéndome
la carne dolorida
los huesos lastimados
los nervios, la piel
tirante, amoratada
el pelo encanecido
el grito sólo postergado
y hoy a las once
de la noche de hoy
mientras la luz caliente
el lado izquierdo de mi almohada

muere un niño
o dos o no sé cuántos
mueren y una anciana dice
sus últimas palabras
o no las dice y muere
y es otra la que habla
pero no habla, dice
apenas dice y muere
sin decir
apenas
nada
y algo se me atraganta
tal vez un alarido
largo como las once horas de esta noche
o tal vez la conciencia
que duerme encendida
como una lumbre la conciencia
de todos los que mueren
como una fogata
un espantoso incendio
que prende en las ventanas
de la ciudad y en el mar no se apaga
una conciencia absurda

una antorchahorizonte
la conciencia de todos los que saben
que se están acabando
en sus huesos de antorcha
hoy, mañana, siempre

escribir
todas las muertes son mi muerte
mi grito es el de todos
y no hay consentimiento
escribir

¿para consentir?
¡escribir para rebelarse!
no hay lugar para plegarias
no hay lugar para el sosiego
el ajuste de las almas
se hace en rebeldía

Estamos solas
y nos pertenecemos.
En nosotras está el poder
Somos un pueblo de almas
en rebeldía

¡Despertad!
Lo que escribo aquí
se traza en el aire
el dolor es la senda
el dolor es el medio
por el dolor la fuerza
que combate el dolor
y lo transforma
por el dolor deshago
mi dolor en lo ajeno
y el ajeno en el mío

escribir



para des-esperar
por todos los que están
por todos
los que fueron
los desaparecidos
escribir para cuidar
sus des
apariciones
para alimentarlas
para que no se enturbien
no tan pronto
no tan siempre
pronto

escribir

para desestructurar
para vencer
las estructuras
para contra
decir
lo dicho
para demoler

escribir

para desestimar
para aprender la delgadez del trazo
su vacío
habituarse a él
a su insignificancia

escribir
para insignificar

escribir
inútilmente

para ejercer lo inútil
para abrazar lo inútil
para hacer de la inutilidad un manantial

escritura como sortilegio

– volé esta madrugada
más alto que ninguna otra vez

Cada noche, en la duración de un grito
viene una sombra nueva

Cada noche, en la duración de un grito,
un alma acude a mí.

La acojo.

En el grito.

Ella no dura. Sólo se abre.

Y hay que entrar. Suavizar.

No hay que recordar.

Tan sólo entrar.

Respirando. –

escribir luego
para reforzar
los frágiles puentes
los conductos sutiles
con temor
de que se borren
en el espacio leve
entre lo presentido y lo sentido

Escribir
para describir
para desdecir
para reorganizar
las consciencias y



que cada una cumpla
su ceguera
El espacio de las almas
ha de guardarse oculto
En la palabra está el engaño

escribir pues
para confundir
para emborronar
y, luego, volver a escribir
en el orden que conviene
el mundo que hemos aprendido

escribir

como quien cuenta los pasos que da
por no oír el silencio
como quien cuenta pasos – uno, dos –
y se salta el tercero –cuatro, cinco–
para ver si se ha ido
para comprobar
pero no: sigue estando
y ya no dejará de andar
para contar los pasos
hasta caer exhausto
en el silencio enorme que se ensancha
entre sus piernas como un charco
de sangre

escribir

porque el héroe se hace con el miedo
sobre todo su miedo
a partir de su miedo
se hace héroe el héroe
ahucando el miedo

y llenándolo de acción
para entumecerlo
haciendo tiempo en lo hermoso
haciendo tiempo en lo vivo

yo no soy ningún héroe
yo sólo escribo
para colmar la distancia
entre mi miedo y yo

escribir
“Se pone un abrigo de cuero.”
escribir
“Un hombre joven se levanta del asiento.
Se pone un abrigo de cuero.
Lleva gafas oscuras.
Se vuelve.
Su espalda es ancha.
Se dirige a la puerta.
No sé qué hará mañana.
No le conozco.
Ha cruzado la vía.
El cristal me devuelve mis ojos
y esa tristeza que se mide en mis labios.
El hombre joven tal vez camina hacia una casa.
Tal vez sea su casa.”

escribir
“En mi rostro el paisaje
– atravesándolo –
el paisaje.”

escribir
“Tiene las uñas recortadas.”
escribir
“Se desprende, muy lenta, de una frase,



la desliza en el cuaderno y espera.
Tiene las uñas recortadas
y una blusa de encaje.
Lleva una bolsa de color violeta
en las rodillas.
Cuando respira hace juego
con los versos de Sylvia Plath.
Hay un desfiladero en su mirada
y no termina de cruzarlo.”

escribir
para confundir las palabras
y que las cosas aparezcan

(Campos de limoneros cargados con sus
frutos. Y cañizales
separando sembrados. Y vinagreras cubriendo
de oro las taludes...)

que las cosas presionen
que un mundo se abra paso
(Es invierno, y ya crecen el trigo y la alfalfa.
Aún hay campos entre ciudades y hermosos
pueblos y una anciana se sienta
en un portal con un rayo de sol en su regazo.
La tierra arada humea bajo el sol y los olivos
jóvenes tensan sus cuerpos retorcidos hacia
el cielo. Creciendo. Crecer es
ascender.

Crecer es ensancharse.
Crecer es romper límites.
Crecer es invadir...)

que estallen los cristales de mis manos
que abran ojos en las letras

(Hileras de olivos.
Sus sombras paralelas...)

escribir
para rastrear

escribir
para perdonar
para ser perdonado

¿Dónde hallaré al sacerdote,
al mediador, aquel que tenga
conocimiento de los límites
y el poder de traspasarlos?
¿dónde hallaré a aquel
capaz de arder sin consumirse
y, entre los muertos y los vivos,
ecualizar
transformar, ¡bendecir!?

escribir
para hallar la paz
después de haber hablado
con los muertos

escribir
para sellar la paz
para conciliar
en mí
para perdonar en mí

escribir



la culpa misma que golpea y se licúa
en el pecho
y surge y es agua que mana
con fuerza y que nos une
agua que forma
remolino de amor irradiando

todas las culpas son
el mismo sufrimiento
el de existir queriendo
queriendo serlo todo
queriéndolo todo
y todo está en mis manos
en esta encrucijada donde permanecemos
el tiempo suficiente
para sufrirlo todo

en mi interior barrunto el gran estruendo:
todo el dolor del mundo me pesa entre
los muslos

abrid los ojos: ¡ved!
es tan terrible vivir
¡quien sobrevive saluda!
morituri somos todos

toda la historia de tu estirpe
está presente y te reclama
como crisol
eres
la mediadora
operas
en ti misma el milagro
de la conciliación

y de repente soportas
el peso del mundo y su dolor

lo bebes todo entero.
Agradecida.

escribir

porque crujen las rodillas
y hay como un sueño
esperando ser soñado
justo detrás del dolor.

— Hoy observé las gaviotas.

He de volar muy alto esta noche.
He de volar sin lastre.
Hasta que amanezca.-

escribir

“otoño”
para recordar cómo
uníamos castañas con palillos de dientes
y surgían princesas y perros y dragones
y mi madre era hermosa
y ¿quién sabe? tal vez
fue feliz, también ella,
ese día.

escribir

para arquear el espinazo de las letras
a imagen del dolor
para trazar las líneas de la vida
líneas que se encogen
líneas retráctiles
como nervios apresados en la carne
como venas quebradizas
venenos infiltrados
en las arterias, líneas



que merodean en torno al corazón
calado por la angustia
y el cansancio
líneas como cables tendidos
entre una vida y otra menos vida
líneas ultracortas
líneas entrecortadas
líneas respiradero
líneas túnel
para desembocar
en el horizonte
recuperar allí
las fuerzas del principio pero
líneas quebradas
presionadas
oprimidas, líneas
de vuelta atrás
combadas sobre el tiempo
que queda
el tiempo que nos queda
termitero o volcán
vaciado por los seres (los insectos, la lava)
que operan desde dentro

líneas
de retroceso
¡si fuesen sólo al sueño!
pero no: más abajo.

escribir
como quien muerde un rayo
con los brazos en cruz

escribir
que sus pulmones se cerraron
como las alas de una

mariposa.
Dejó un rastro de polvo azul
en los dedos de quienes fueron
a tocarla

escribir
como aquel que se fuga de un hospital y arrastra
tras de sí
las sondas, el goteo, la máscara de oxígeno y corre
sobre agujas envenenadas

¡Despertad!
¡nadie podrá evitarlo!
sólo es cuestión de tiempo
contad los gritos que dais
en el fondo del agua
¡Contad los gritos!

cada cual con su dolor a solas
el mismo dolor de todos

— Alguien disimula. Sonríe,
devuelvo la sonrisa. Sé
que para él ya oscureció.
También él lo sabe.
Pero se esfuerza. Todos
nos esforzamos.
Gritar es esforzarse.
Gritar es rebelarse. —

escribir
porque alguien olvidó gritar
y hay un espacio en blanco
ahora, que lo habita

escribir



porque es la forma más veloz
que tengo de moverme

escribir

¿y no hacer literatura?

...

¡y qué más da!

hay demasiado dolor
en el pozo de este cuerpo
para que me resulte importante
una cuestión de este tipo.
Escribo

para que el agua envenenada
pueda beberse.



"La señora Lara"

Mónica Lavín (México, 1955)

(fragmento)

A la señora Lara ya no le gustaba la vista desde su cuarto. Las ramas del árbol del jardín vecino habían crecido tan profusamente que obstruían la luz del día y oscurecían la sala. A ella le gustaba sentarse allí por las tardes. Aunque vivía sola desde hacía tres años, se arreglaba: se recogía el pelo en un chongo que le despejaba el cuello y se maquillaba un poco, lo suficiente para sentirse bien. Había sido una mujer atractiva, con un buen matrimonio hasta que Jaime enloqueció y la dejó por una mujer joven, casi de la edad de su hija. Ella permaneció en la casa de dos pisos que tenía una terraza desde la cual se disfrutaban los jardines ajenos. La sala y su recámara estaban en la parte trasera de la casa que daba hacia el jardín de los Aguirre.

Si algo alteraba a la señora Lara era la opacidad de la tarde cuando se sentaba a tomar el café y pan tostado con un libro entre las manos. Al principio no le resultaba muy claro qué era lo que entintaba su ánimo. Tenía que ver con el crecimiento progresivo de la rama. La primavera lo hizo obvio: la rama del castaño cuajada de tiernas hojas verdes ocupaba el espacio. Prácticamente dividía la ventana en dos y la luz entraba apenas entre las hojas lobuladas. No es que no me gusten los árboles, se disculpaba consigo mismo la señora Lara. Cuando identificó la causa de la oscuridad de la sala y la compartió con Celia, la señora a cargo del aseo desde hacía varios años. Estuvo inquieta las tardes siguientes. Sólo había una solución: hablar con los Aguirre. ¿Hablar? ¿Le abrirían la puerta y la dejarían entrar a su casa? El señor Aguirre era un político y siempre había un coche oscuro con hombres en trajes oscuros al frente de la casa a la vuelta de la esquina. No tenía ganas de tocar el timbre y recibir continuas negativas. Ella no estaba suplicando sino pidiendo amablemente que compartieran su inquietud. Para ello necesitaba que vieran la vista desde su casa, que comprendieran cómo es que una hermosa rama sobrecargada de hojas le estorbaba. Les escribiría una carta pidiéndoles que cortaran la rama y que vinieran a su casa a sentarse en la sala –les ofrecería café– para que entendieran lo que ella quería decir. Ellos que poseían un árbol tan alto y frondoso, un pedazo de verde en su casa, no debían pensar que la mutilación le daba placer. Pero la luz era su placer, su calor. Había vivido algunos años en el sur



Mónica Lavín, "La señora Lara", en *La corredora de Cuernavaca y el aficionado a Schubert*, México, Punto de lectura, 2008

de España y amaba la blancura. En Andalucía, en aquel tiempo, había sido muy feliz. Recién casada, bebiendo vino con Jaime por las tardes después de su trabajo como gerente de un hotel. Ella pintaba en la terraza pequeña que daba hacia las callejuelas y otros balcones y había disfrutado la blancura de las casas, la blancura en los zapatos de las mujeres, en las sonrisas, en las sábanas donde permanecían acurrucados, abrazados y acariciándose las mañanas del fin de semana. No iba a hablar de la blancura en su carta, ni de cómo había gozado la cercanía del cuerpo de Jaime en ese tiempo y a su propio cuerpo firme y deseante. No le gustaba la melancolía, le bajaba la guardia y estaba cansada de la tristeza. Sólo se puede resistir cierta cantidad, luego se acepta la realidad y se ordeña lo bueno de ella. Siempre hay algo bueno. Hasta en la ordeña, la blancura se imponía.

Se dirigió al secreter que Jaime y ella habían comprado en una tienda de antigüedades y sacó una hoja de papel. Por fortuna conservaba alguna pues escribir cartas ya no formaba parte de sus hábitos. Si quería decir algo a su hijo o su hija, les llamaba. Su nieta estudiaba fuera del país y sólo una vez le había escrito una carta. No estaba muy segura de qué escribirle a una adolescente para no aburrirla. Cuando la chica no contestó estuvo segura que efectivamente la había aburrido con su falta de novedades. Qué bueno que no le escribía a ella en este momento, le hablaría de la rama y de la poca luz que entraba a la sala donde Miranda solía gatear sobre la alfombra cuando sus padres la dejaban a su cuidado. Su hija la consoló explicando que los jóvenes ya no escribían cartas, que usaban la computadora. Por ello, su hija le leía de vez en cuando las partes de los correos electrónicos dirigidos a la abuela. Por respuesta la abuela le había llamado alguna vez. La extrañaba, era una chica alegre. Tenía luz en la voz. Como ella la había tenido cuando joven, cuando Jaime se enamoró de ella al mismo tiempo que David y los dos mandaban flores y la visitaban y la halagaban con sus comentarios. Un día los dos jóvenes se toparon en la entrada de casa y ella tuvo que decidir. Optó por Jaime que era locuaz, sorpresivo y ella apostó por ese movimiento. La pasión tiene un precio y siempre es impredecible. Jaime no se podía estar quieto, ni quedarse en un sitio mucho tiempo. Y lo había hecho, permaneció a su lado treinta y cinco años. A veces, a cierta edad, el cambio requiere de la sangre y el vigor ajeno para evitar aferrarse a los muebles, domicilios, hijos, nietos, a la certeza de la muerte y a la misma vista por la ventana.



"Pisapapeles"

Myriam Moscona (México, 1955)

Algunos campesinos de México le llaman "recordar" al despertar, como si el sueño fuera el olvido.

La experiencia de ese estado es sorprendente, vívida, fabulosa, desconcertante, temible.

Hacemos el intento de jalar esas visiones hacia nosotros, hacia este lado: el plano de la vigilia. Al momento de relatar o relatarnos lo soñado lo convertimos en otra materia, rompemos su naturaleza, lo transportamos a este mundo y alteramos su composición.

Poco se habla del camino inverso, no del que trae el sueño a la vigilia, sino del otro, del camino de ida, del que nos lleva hacia esa otra estancia paralela. ¿Cómo describir el proceso de esos vientos entrecruzados que nos acompañan cada noche en el tránsito hacia el otro lado, ese paso estrecho y cotidiano que nos hace entrar en la zona del sueño?

Marcel Proust describe cómo esas largas noches en que no logramos dormir, los pensamientos se vuelven giratorios, tienden a regresar hasta que uno, no del todo lógico ni coherente, se aparece para mostrarnos esa puerta de entrada que finalmente nos conducirá hacia el territorio donde otros ritmos nos gobiernan.

De modo que el desenfoque de nuestro pensamiento, ahí donde se comienza a volver incoherente, constituye el primer paso para atravesar el puente hacia la otra realidad en que estamos sumergidos un tercio de nuestras vidas.

—*De ke no durmes, ijika.*

—No tengo sueño.

—*De ke no kontas ovejikas.*

—Ya conté del uno al cien.

—*De ke no te kedas en pies.*

—Porque estoy cansada, ya te dije.

Pasan unas luciérnagas dejando un rayó naranja en mis ojos.

—*E si estas kansa, de ke no durmes?*

—Abuela, no me interrogues. Cuando me pueda dormir me duermo y ya.



Myriam Moscona, "Pisapapeles", en *Tela de sevoya*, México: Random House Mondadori, 2012, pp. 187-189.

–*De ke estas arraviada?*

–No estoy enojada, pero duérmete tú, a ver...

–*Ama yo no tengo de ser una buena eleva de la eskola.*

–Pero tendrías que ser una abuela buena y no lo eres.

–*I tu negra inieta me salites.*

–No soy mala, no digas tonterías.

–*Negra mui negra kreatura ke avlas ansina.*

–Tú me molestas todo el tiempo.

–*No digas bavajadas, yo esto echada, esperando ke durmas.*

–¿Eres un gendarme o qué?

–*Kon esta boka vas a matar a tu madre.*

–¿A mi madre? Ahora sí le voy a decir lo que dijiste, pero luego finges que no es verdad. Eres mala, muy mala.

Unas flatulencias tan sonoras como salidas de un corno inglés sellan el espesor del cuarto.

De pronto las luciérnagas comienzan a enfilarse en la oscuridad, llevándome al principio de un hormigueo en el que cierta aura azulosa pareciera pintar lo que nuestra mente traza sin preguntarnos.

Al fin alcanzo una puerta giratoria que me lleva al otro lado.

Allí veo a mi padre muerto, abriendo el ojo izquierdo. Me pide ir con él. Dice que lo lamenta. Lo ayudo a incorporarse. Me siento en sus rodillas, las siento rugosas. Me lleva hacia su pecho, en el que puedo oír su corazón latir a toda fuerza. ¿Yo te maté, papá? Abre el ojo derecho y me dice que allá abajo, al otro lado de la puerta giratoria, se piensan cosas muy equivocadas acerca de los mundos de los vivos y los muertos.

–¿Quieres saber cuál es el secreto?

–Sí, sí, dime cuál es.

–Lo sabrás en su momento, princesa. Déjame morir, lo necesito. Por ahora, es la única forma en que podemos estar juntos.



"Poemas"

Minerva Margarita Villarreal (México, 1957)

"Madera de Ávila"

Hace días nació Teresa
lloviendo bajo algún techo de oscuridad
Su ráfaga de fuego
su luz dormida
su cascabel de abril despertando el mañana
se enlaza
Cantan
se contestan dos pájaros
Una paloma surge en el hueco de un árbol
Es una aparecida que ha decidido afincarse en
la madera
Los pájaros cantan la paloma zurea
dicen muchas cosas en la conversación
La madera es añosa
y cruje cuando los dominicos debaten
nuevas formas de castigo

"Laude"

*Dios por mis labios
dentro de mis labios
Dios por mi boca
dentro de mi lengua
Dios por mi sangre
como un pez
circula
entre los pájaros
en oleadas de vientos
amarillos
con tus ojos
Teresa*



Minerva Margarita Villarreal, "Verdaderas fatigas del diario", en *El corazón más secreto*, México, Mantis editores, 2003 y "Maderas de Ávila", "Laude", "Una rosa es una rosa..." y "El ojo de agua de sus manos", en *Las maneras del agua*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.

"Laude"

Sueño que cada cosa
crea

lo que parece vivo
fertiliza

lo que parece estático
espera

nunca nada está
muerto:

*El trazo luminoso de tu vacío
estremeciendo el aire*

*Las rosas con que pueblas el cielo
y al puente no se le ve*

*Ese tránsito de las constelaciones
que al tiempo enmudece
se hacen uno*

para bordar un arriate a tus pies
y que extienda sus alas tu perfume

que corone la huerta tu voz
y la prodigue al mundo

como el rocío

como las gotas del licor de la Vida

que al amanecer

esparces

sin que nadie te vea



"Laude"

Un castillo
se eleva
si a Dios amo
Si a Dios amo
el terror
se evapora
Por su afiebrado
cálamo
el vuelo del castillo
Por su alfabeto
la elevación de la paloma

"Una rosa es una rosa es una rosa..."

Hubo piedra
antes de colocar la piedra
hubo sangre en los minerales de la piedra
hubo halcones
y guaridas
tempestades y vientos
hubo bosques despeinados
y cielos de violeta majestad
cielos rojos y blancos
y cadáveres
lunas que competían con la nieve
toros que siguen pastando
al pie de la muralla
Hubo un cuerpo
una joven
Hubo una vez su madre
hubo una vez la muerte de su madre



hubo una siembra de dudas
grandes aristas
pisos falsos
piedras que dan al vacío
y cruzas caminando
y tu cuerpo
por no sé qué agujero
viene
como si tu obsesión
siguiera un espectro
y en el corazón del vacío
te creciera
la clara ubicuidad
(El convento de San José adonde Victoria me condujo
Los toros que me mostró José María)
Siempre puede ser un segundo
y el paisaje
al otro lado del orbe
una mesa de madera al centro de dos muelles
una habitación cuadrada
en el Atlántico
que de pronto se alborota por la entrada invisible
de tu bosque
Se desordena
como la casa del Carpintero
cuando su esposa recibió al arcángel
El aire cálido en los coluros
y las potencias que giran y giran
con distintas señales:
Alzada
por Gregorio Fernández
rodeada de rosas dulces como tus labios
rojas como el más duro corazón



tiernas como tus manos
Hizo sol y alumbró todo el día
el 28 de marzo
y tu fuego allanó la ruta del peregrinaje
anduvo con nosotras *una estrella que diera de sí gran resplandor*
Ese manto de
adentro me convida:
Fuego que inició jugando
como una chispa
entre la seda

"El ojo de agua de sus manos"

Con sólo tocarme la cabeza mientras dormía
con sólo decirme sin decirme
al fuego celeste
desperté
Adicta
arrodillada
hasta las fundaciones
En la inmensidad de Icamole
cuando más amo el desierto
el ojo de agua de sus manos
su delirio
su tibieza feroz en mis rodillas
Vi sucederse las señales
hasta que se ausentó de la carne
como una virgen que desaparece



"Verdaderas fatigas del diario"

a Christopher Domínguez Michael

No puedo. No puedo ser una buena madre
ni posar para la fotografía de la familia feliz,
antes la fiera me devora.
No puedo dejar de acariciar
la pasta de los libros mientras mis hijos pelean en el patio:
hojas oler, ojos esquivar.
Sé que debería estar mimándolos a ellos.
Pero imposible hilar fácilmente sus preguntas,
la terquedad
que rebota en sus chillidos, rebotan,
pequeñas bestezuelas que braman en cada puñetazo;
allí viene Gruñón con el fuego entre sus manos,
Cenicienta lame las cazuelas vacías.
Golpe tras golpe, garra, zarpazos,
enfrecido puñal en cada grito...
Mi cabeza anda volando con algún espíritu del siglo XIX.
Algún prerromántico a punto del suicidio.
Me saco los zapatos, los aviento, me recuesto.
Ellos siguen peleando. Ahora están peleando en su
habitación.
Suben. Ángeles que Dios expulsaría.
Están aquí, pasan, brincan, saltan, brincan.
Dentro de mí zumban sus juguetes:
el Hijo del Santo contra el Vampiro Canadiense.
Octagón es besado por la princesa y convertido en sapo.
¡Oh, astros del cuadrilátero, aparten esta semilla de migraña!
Todo el día peleando,
pelando,
y yo sin poder.
No puedo.
Sin poder ni autoridad,
fuera del cuadrante del ingobernable mar de mi cama,
los veo alejarse.
Desde el techo
he encontrado un agujero por donde escapo a diario.



Efectos secundarios

Rosa Beltrán Álvarez (México, 1960)

(fragmento)

Pero no era el miedo lo que me impedía hablar de mí en femenino, el temor a asumir un cuerpo, en este caso, el cuerpo del delito. Era que siendo nada más que los autores consagrados y los personajes, todos varones, en los que me he convertido, podía darle voz a las invisibles y las desaparecidas. Según las estadísticas, en mi país han desaparecido más mujeres que en la Revolución de 1910, la última guerra, aunque ésta no sea una guerra, según los reportes oficiales. De esos cuerpos, un número creciente es de inmigrantes indocumentadas, de trabajadoras de las maquilas, de baristas y mujeres que ejercen la prostitución o no, de estudiantes y amas de casa violadas y torturadas a causa de su anatomía. Hay estados del país que se caracterizan por tener los índices de asesinatos más altos entre las mujeres. Mientras ciudades completas arremeten contra ellas y se convierten en la Ciudad de la Muerte, como Ciudad Juárez, mientras mujeres jóvenes y bonitas desaparecen misteriosamente en las calles y aparecen como cadáveres abandonados en el desierto, mientras la muerte alcanza a víctimas con cromosomas "xx" de manera tan oscura, yo espero. Observo cómo llevan a las mujeres a media calle, en el centro de las ciudades, a plena luz del día, y cómo son halladas con los senos corroídos o amputados, las cabezas rapadas como prosélitos o locas de otro tiempo, los cuerpos marcados o acuchillados porque sí. Mujeres que no entran en un perfil, que no pertenecen a un grupo sino al Gran Grupo de las Mujeres por las que se ha gestado un nuevo tipo de violencia, más brutal y menos honorable, si es que se puede hablar de honorabilidad en un asesinato, que el de cualquier otro individuo que no tenga cuerpo de mujer. Y mientras son masacradas por los cárteles de la droga o por miembros de la policía estatal o por simples individuos, sin razón aparente; mientras las fábricas se vacían de manos con una destreza manual especial y desaparece la mano de obra barata en las líneas de montaje, en tanto las madres solteras que llevan a sus hijos a costas son reclutadas para las maquiladoras y las tiendas y los restaurantes y bares que proliferan; mientras se dice que se extreman las medidas de precaución que no se extreman y no se habla del crimen organizado en lugares públicos ni en taxis ni en casa de los vecinos o los conocidos, yo aguardo. No ha-



Rosa. Beltrán Álvarez, *Efectos secundarios en Alta Infidelidad: Novelas II*, México, Penguin Random House, 2018, p. 205-206.

blo de las detenciones arbitrarias, de los allanamientos en colonias populares, de los soldados que llegan encapuchados con armas de alto poder asombrando a la gente que no sabe si son sicarios, policías o soldados: todos se confunden en un único y mismo personaje. En la gran literatura nunca pasa esto. La regla esencial para escribir un buen libro es que los personajes nunca se confundan. Pero en este otro universo que estoy obligada a leer quiera o no quiera, todos comienzan a tener una fisonomía borrosa, equívoca.



Hombres en escabeche

Ana Istarú, seud. Ana Soto Marín (Costa Rica, 1960)

(fragmento)

Alicia: Descubrí, pues, el sexo. Para empezar, el mío y sus misteriosas consecuencias. Como mis galleticas de maicena que comenzaron a hacerse cada vez más visibles, hasta que las insolentes miradas masculinas me indicaron la inminencia del sostén. Busqué a mamá. “No tengo tiempo” me dijo, mientras restregaba la camisa de papá como quien aplica un tormento. “Ocupate vos de eso, si tan grande te sentís” y me puso un billete en la mano. Pasaron muchos años antes de que comprendiera que la pobre estaba más ofuscada que yo ante el sonoro tic-tac de mi despertador biológico.

Sólo pude comprar dos parches de tela, 32 triple A. Yo soñaba con un brassière y me tocaron los anteojos de Woody Allen. Aún así me encorvé más que el jorobado de Notre Dame y llevé suéter de lana durante todo el verano. Pero ya le había hecho los honores a mi estrógeno y era casi una mujer.

Ser una mujer. Nadie me advirtió lo difícil de la empresa. Para que se informen quienes aspiran a semejante puesto: una mujer no puede (Ser mujer se define por los “no puede”) sentarse sola en un parque sin que la hostigue una horroroteca de tipos más feos que el déficit cambiario, salir indemne de un autobús repleto, ser presidente de la Fedefutbol, graduarse de doctora uróloga o decir malas palabras.

Mi hermano Andrés, por ejemplo, tenía derecho a salpicar toda una conversación con el producto de la excreta. Yo decía ¡púchica! y me veían torcido. Tuve que desarrollar mi mejor ingenio para decir groserías sin ser notada. Porque es muy difícil prensarse el dedo en la puerta y gritar: ¡Vástago de meretriz! Confieso que tuve que buscarlo en el diccionario.

Es curioso eso de las malas palabras. Su objetivo es insultar, vengar, ofender y humillar al enemigo o contrincante. ¿Pero por qué hijo de perra? Bueno, saben a lo que me refiero: hijo de la gran... Bretaña. En primer lugar, si es el hijo, no veo por qué cargaría con las culpas de sus progenitores. Ya nadie se llama Edipo ni lo nombran rey de Tebas.

Y después, ¿por qué sólo se insulta a la madre? ¿Por qué nadie dice: tu papá es un vicioso, promiscuo, aberrado, proxeneta, gigoló, putañero y/o chulo descocado de la calle 12? ¿Por qué? Por una razón muy simple: a nadie le importa que le



Ana Istarú, *Hombres en escabeche*, Sevilla, España, Colección Compás, 2001.

insulten al padre. Asumen que tenés razón. Te ven con indiferencia y te dicen: “Sí, ¿y qué? ¿Acaso no es normal? ¿Qué es el tuyo? ¿Misionero?”.

En cambio, la madre... La madre es sagrada. Una réplica en tamaño natural de la Virgencita de Guadalupe. Entonces, que sin conocerla te la traten de ramera levanta más roncha que un ladrillazo en la nuca.

Las malas palabras me enseñaron algo muy importante: el sexo, o mejor dicho, el libre ejercicio de la sexualidad, acarrea consecuencias muy distintas según uno sea damita o caballero.

Una mujer que pierde su virginidad antes de pasar por la sucursal de la Santa Sede se convierte ipsofácticamente en una resbalosa, sometida, jabonera, turra, perdida, prostituta, tipa, ramera, meretriz, hetaira (también del diccionario), gata, perra, zorra, pécora, cuarenta, mujerzuela, mujer de la calle, mujer de mala vida, mujer de vida alegre, o mujer pública, que por supuesto, nada tiene que ver con hombre público.

El varón en cambio es un don Juan, un Casanova, un Valentino, conquistador, seductor, matador, azotador, playboy, latinlover, junglefever.

Un momento, me dirán ustedes. Hoy día la cosa no está tan dispareja. Nadie va a persignarse porque una noviecita traviesamente celebra la luna de miel antes que la boda. De acuerdo. Pero porque lo hace con su futuro esposo. Este siempre se reserva el derecho de pernada. Los caballeros siguen reacios a las comparaciones. Por algo será.

De todo esto saqué en claro una cosa: el honor de una mujer se encuentra en un sitio muy específico de su anatomía, por una broma cruel, católica y apostólica de la naturaleza. Y perderlo era más grave que perder el pasaporte en un golpe de Estado en Uganda.

Mamá con su billete, papá con su indiferencia y las malas palabras, empezaban a hacerme sentir muy mal con mi propio cuerpo.



"Un corazón fuerte"

Ana Clavel (México, 1961)

(fragmento)

Que la desmiembren a una, que le corten la cabeza, que la pongan en una maleta y la abandonen en los andenes de una estación del Metro... pasa. Pero que además le quiten el corazón condenándola a penar como alma sin rumbo, eso sí está de la chingada. Ni modo de preguntar a vivos y muertos: "Oiga, ¿no tiene por ahí un corazón que le sobre?". Así comienza el peregrinar de una historia. Esta historia.

Llámenme Coyolxauhqui-reloaded por aquello del desmembramiento; llámenme Mujer de Hojalata—descuajada por aquello otro del personaje del Mago de Oz al que partieron por la mitad y se le escapó el corazón; burlense todo lo que quieran o compadézcanme. Da igual. Si eso pudiera ayudarme a recuperar lo que tenía. Condenada a vagar como alma en pena en esta ciudad, la más opaca y a veces, algunas veces, la más transparente del aire —aunque ahora también podría afirmar con un dejo de esa locura que me permite mi condición actual, la región más trans/pirada del aire—. Sé que de nada sirve lamentarse, salvo porque termina por dar sosiego. Una historia triste deja de serlo un poco si al menos puede ser contada, y termina por rescatarnos de la desolación. Es como si Scherezada viviera en nuestra mente y para sobrevivir a la noche, nos alentara a contarnos una historia, nuestra historia: acomodarla, recortarla, pegarla, ajustarla una y otra vez. El "Síndrome de Scherezada" le llamaba una de mis maestras de la universidad. Según ella, más que humanos por las palabras, somos humanos por nuestra necesidad de contarnos historias. Nuestra necesidad de encontrarle sentido al sinsentido de la vida a través de un relato.



Ana Clavel, "Un corazón fuerte", en *Breve tratado del corazón*. Alfaguara, 2019.

"Balcón al mar"

Odette Alonso (Santiago de Cuba, 1964)

Llego a tus costas
como al reverso menos cruel de la moneda
y tengo todo el tiempo para amarte
aunque el amor no sea más que alguna carta
a veces una espera.
Me desvisto en el muelle
me deslumbro tiendo mi mano para hallar otra respuesta
y allí estás tú
allí vuelvo a encontrarte
toda tu firma voluntad sobre mis huesos.
La Habana al otro lado es una mancha
una extensa muchacha de luces en la espalda
siempre llena de veredas y centauros.
Porque no soy igual a los demás es que te amo
cuando la muerte es una rosa de los vientos
un golpe de suerte
una limpia palmada sobre el hombro.
Porque no soy igual a los demás es que te canto
que asciende mi canción buscando un puerto
un balcón frente al mar donde dejar mi mano
donde dejar toda mi voz a buen recaudo
sobre el reverso menos cruel de la moneda.



Odette Alonso, "Balcón al mar", en *Bajo esa luna extraña*, Madrid, Efor y Atocha, 2011.

Nadie me verá llorar

Cristina Rivera Garza (México, 1964)

(fragmento)

Hay mañanas en que Matilda desayuna sus propias uñas viendo su reflejo en las ventanas. La prisa la domina. Vive con la sensación de que ya no habrá tiempo. ¿Cuántos años le tomará borrar treinta y seis años de vida? Los relatos nunca se terminan, hay cabos sueltos por todos lados, divagaciones que se hacen infinitas. “¿Le conté cuando...? ¿Sabía qué...?” “Érase una vez. Érase que se era.” “¿Todavía quiere saber cómo se convierte uno en una loca, Joaquín?”

Si pudiera descansar, si pudiera callar. Las palabras salen a borbotones durante sus días exaltados. No puede contenerlas ni disuadirlas y, todas a la vez, la obligan a tartamudear. Algunas frases quedan inacabadas para siempre, interrumpidas por la marea de otras similares. El soliloquio, de noche, es demencial. Hablar, sin embargo, la ayuda a limpiarse, a borrar las trazas de gris en la pizarra verde del mundo. Pronto no quedará nada. Pronto podrá regresar a su refugio, a ese lugar sin puertas que Eduardo Oligochea denomina locura. Una afección mental. El silencio. Ahí, dentro de la casa de Santa María de la que no se atreve a salir, empieza a soñar con los otros años, el resto, todos los años que le faltan para morir. Deben ser pacíficos y silenciosos; deben seguirse el uno al otro sin suceso alguno, sin identidad; deben ser inoloros y tener el sabor del agua. Matilda está construyendo su paraíso. Allí no hay visitantes y a nadie le importa su pasado, su futuro; allí sólo ella se puede proteger a sí misma. Nadie más. No hay ojos.

En las tardes de otoño la prisa aumenta. Cada vez hay menos cosas que decir. Los detalles todavía abundan, pero no hay trama alguna que los detenga o les dé sentido. El éter, la fachada de un teatro, tres estrellas coronando el cuarto menguante de la luna, la sonrisa de un desconocido, fragmentos de muñecas rotas. Todo es insignificante. Los principios y los finales han quedado atrás. Nada tiene consecuencia. Un reloj de pulsera es un reloj de pulsera. Una túnica de seda es una túnica de seda. El desierto es sólo el desierto. La tautología es la reina de su corazón.

- Ya no tengo ganas de hablar, Joaquín –le dice.
- Así es como uno se vuelve loco, ¿no es cierto?
- Tal vez. Cada quien encuentra su modo –concluye.



Cristina Rivera Garza, *Nadie me verá llorar*, México, Tusquets Editores, 2014. 262 p. (Col. Maxi).

La mirada de Joaquín lo sabe antes que su cabeza: Matilda se irá. Alrededor de su cuerpo hay una distancia transparente que no podrá cruzar jamás. La separación no está hecha de temor sino de altivez, fuerza. Como la ocasión en que la fotografió en el manicomio por primera vez, Matilda sigue estando en su lugar, poniendo banderas negras en los límites de su territorio, abriendo y cerrando puertas con toda conciencia, sin resignación. La atracción y el rechazo de Joaquín son simultáneos. La humillación y el alivio también. La loca lo mira inquisidora, sin bondad. ¿Qué se había imaginado Joaquín? Una esposa. Una mujer salvada de su propio descenso a fuerza de compañía. Un amor estéril, sin cuerpos, que durara cien años. El agradecimiento sobre todo. Sí. La sonrisa temprana de su gratitud al poder disfrutar del mundo de la razón en una casa llena de luz. “Yo no soy la esposa de nadie, Joaquín.” El movimiento abrupto de un girasol. La decisión había sido tomada muchos años antes y ni siquiera un cataclismo la cambiaría.



"El hombre sirena"

Samantha Schweblin (Argentina, 1978)

(fragmento)

Suspiro y miro el cielo. El cielo celeste, absoluto. Después nos miramos. Por primera vez reparo en sus labios. ¿Serán también helados? Me toma de las manos, las besa y dice:

—¿Creés que podríamos salir? Vos y yo, un día de estos... Podríamos ir a cenar, o al cine, me encanta el cine.

Le doy un beso y siento el frío de su boca despertar cada célula de mi cuerpo, como una bebida helada en pleno verano. No es sólo una sensación, es una experiencia reveladora, porque siento que ya nada puede ser igual. Aunque no puedo decirle que lo amo: no todavía, debe pasar más tiempo, debemos hacer las cosas paso a paso. Primero él al cine, después yo al fondo del mar. Pero ya tomé una decisión, irrevocable, ya nada me separará de él. Yo, que toda la vida creí que se vive por un único amor, encontré al mío en el muelle, junto al mar, y me toma ahora francamente de la mano, y me mira con sus ojos transparentes, y me dice: No sufras más, morocha, ya nadie va a hacerte daño.

Una bocina suena a lo lejos, desde la calle. La identifico enseguida: es el auto de Daniel. Miro por sobre el hombro de mi hombre sirena. Daniel baja apurado y va directo hacia el bar. No parece haberme visto.

—Ahora vuelvo— digo.

Me abraza, vuelve a besarme.

Te espero— dice, y me presta su brazo como sogá para que pueda bajar más cómoda.

Corro hasta el bar. Daniel está hablando con el tano y me ve. Parece aliviarse.

—¿Dónde estabas? Quedamos en tu casa, no en el bar.

No es cierto, pero no le digo nada, eso no importa ahora.

—Necesito hablarte— digo.

—Vamos al auto, hablamos en el auto.

Me toma del brazo, con delicadeza, pero con esa actitud paternal que tanto me enerva, y salimos. El auto está a unos metros, pero me detengo.

—Soltame.

Me suelta pero sigue hacia el auto y abre la puerta.



Samantha Schweblin, "El hombre sirena" en *Pájaros en la boca y otros cuentos*, México, Almadía, 2018.

–Vamos, es tarde. El médico va a matarnos.

–No voy a ningún lado, Daniel.

Daniel se detiene.

–Voy a quedarme acá –digo–, con el hombre sirena.

Se queda mirándome un momento. Me doy vuelta hacia el mar. Él, hermoso y plateado sobre el muelle, levanta su brazo para saludarnos. Daniel, como si al fin saliera de su estupor, entra al auto y abre la puerta de mi lado. Entonces no sé qué hacer, y cuando no sé qué hacer, el mundo me parece un lugar terrible para alguien como yo, y me siento muy triste. Por eso pienso: es sólo un hombre sirena, es sólo un hombre sirena, mientras subo al auto y trato de tranquilizarme. Puede estar ahí otra vez mañana, esperándome.



"Ramos de luz"

María Vázquez Valdez (México)

I

En la piel
de tus sueños
crece la luz

Sauce y sorgo,
miel de espejos

Viento de nimbos
en horizontes
blandos
Lenta mutación
de hierba en otoño

En el inmóvil mar
tras las paredes
de los cielos,
un torbellino nace

II

Desde la cúspide
del tacto
se precipitan lentas
las caricias
Desde el origen blanco
del misterio
crece el magma
del deseo

Ojos
en mi aliento
Catalizador
de esencias
en mi sangre

III

Una flecha
de sentidos
caza
la volátil suma
de mis sueños

Designio
que corta
las pieles
de este ámbar
trémulo

Ruiseñor
reconciliado
con su canto

IV

Caminos se abren
Duraznos rojos
al amanecer

Espíritus
en diáfanos
umbrales
bordan fuego
transparente
con nuestros
alientos

Entre tus ojos
y mis ojos,
ramos
de la luz.



María Vázquez Valdés Caldero,
Conaculta/Fonca/Alforja, Mé-
xico, 1999

Conjunto vacío

Verónica Gerber Bicecci (México, 1981)

(fragmento)

Mi expediente amoroso es una colección de principios. Un paisaje definitivamente inacabado que se extiende entre excavaciones inundadas, cimientos al aire libre y estructuras en ruina; una necrópolis interior que ha estado en obra negra desde que recuerdo. Cuando te conviertes en coleccionista de inicios también puedes corroborar, con precisión casi científica, la poca variabilidad que tienen los finales. Estoy condenada, particularmente, a la renuncia. Aunque, en realidad, no hay mucha diferencia, todas las historias terminan bastante parecido. Los conjuntos se intersectan más o menos igual y lo único que cambia es el punto de vista desde el que te toca ver: la renuncia es voluntaria, el consenso es la menos común de las opciones, y el abandono es más bien una imposición.

Tengo talento para empezar. Me gusta esa parte. Pero la salida de emergencia está siempre a la mano así que también me resulta relativamente fácil saltar al vacío cuando algo no me convence. Emprendo la huida hacia la nada a la menor provocación. Por eso esta vez no quiero preámbulos, intentaré evadir el comienzo, ya tengo demasiados. Estoy cansada de los preludios y el único momento al que podría volver con cierta seguridad es a aquel desenlace, a ese rompimiento que lo cambió todo en primer lugar, que me convirtió en desertora, en una compiladora de historias irremediabilmente truncas.



Verónica Gerber Bicecci, *Conjunto vacío*. México, Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V, 2015.

Carolina y otras despedidas

Elvira Liceaga (México, 1983)

(fragmento)

Me esfuerzo por retener su imagen cuando ella no se da cuenta de que la observo, no importa que después me duela recordar que no ha habido, en todas las horas que llevo en esta otra vida, una sola señal de esperanza entre nosotras. He atestiguado sin argumentos cómo se descompone nuestra relación en favor de la novedad, como todas las relaciones de esta ciudad. Sin quererlo ella ni quererlo yo, mi presencia le provoca culpa por abandonarme, una culpa que no se cuela a su itinerario cotidiano, un malestar que se desconfigura cuando no estoy, pero que se nos aparece en esta cena, en estos nuevos silencios incómodos entre nosotras, y que es muy tarde para reivindicar. Carolina es una flor elegante que sabe esquivar conversaciones. No hablamos de por qué se fue de la casa que compartíamos. Si acaso yo le incomodaba, ella nunca lo aceptaría. No hablamos de sus demonios. No hablamos de por qué una tarde regresé de viaje, y mi casa estaba deshabitada, sin ella, de por qué se fue sin mí. No hablamos de por qué una tarde regresé de Nueva York y mi casa estaba deshabitada, sin ella, y sin mi permiso. No hablamos de los sentimientos que no le cobré. No le digo que todos los días aprendo que mi amor por ella es más pequeño que su libertad, ni hablamos de que yo nunca he sido correspondida. Lo que queda entre Carolina y yo es la distancia, calles y compromisos. Y después, países y horarios. Ese himen tembloroso del pasado que nos une se da por roto. Si no es nostalgia, no habrá tradición que nos reúna.



Elvira Liceaga, Carolina y otras despedidas, México, Editorial Penguin Random House, 2018.

"¿Quién contra quién?"

América Femat (México, 1984)

El día que Nietzsche lloró

Irvin D. Yalom

Entendemos poco, es nada
sabemos, no sabemos nadie
—*nada se tiene*—.

¿Quién hiere a quién?
¿Quién pierde a quién?
¿Quién se refugia en quién?
¿Quién dice ser quién es?

Descubrimos el infinito instante
incluso la desilusión es pérdida
—*malgastada*—.

¿Quién construye a quién?
¿Quién utiliza a quién?
¿Quién aprisiona a quién?

Escenarios para sobrevivirse en soledad.
Conocemos el nombre, nos es ajeno,

—*midiendo fuerzas*—,
dolorosa espina,
fruto verde.

¿Quién provoca a quién?
¿Quién perturba a quién?
¿Quién duele a quién?
¿Quién asiste a quién?
¿Quién descarna a quién?

—*Espejos donde se mira a nadie mirarse*—.

Estalla la imagen contra el muro,
pedazos de alma extinta
en el quebrado espejo.

¿Quién maldice a quién?
¿Quién debilita a quién?
¿Quién destruye a quién?
¿Quién divide a quién?

¿Quién abandona a quién
después del soliloquio.



América Femat, "¿Quién contra
quién?", En *Atisbo*, México,
Letras de barro, 2019, p. 6-7.

Las noches son así

Isabel Zapata (México, 1984)

(fragmento)

Todo está dormido. Ahora mismo, cuando yo esté volando en el avión nocturno, todo en la Tierra estará dormido: Delhi dormida, Londres dormida, la Ciudad de México dormida. Después de días y días de insomnio he logrado quedarme dormida y al otro lado del mundo, a una distancia que se acorta a cientos de kilómetros por hora, duermes tú dándome la espalda. Imperceptiblemente, las dos eses que somos se aproximan.

No hagamos ruido, nadie encienda la luz, que nuestros perros a los pies de la cama no se muevan. Que el avión flote por siempre como flota ahora.
Quisiera no estar nunca en ningún lado.

Isabel Zapata, *Las noches son así* (fragmento) (<http://brokenenglish.lol/lasnochesonasi/6/>)

"Epífita de ciudad inhóspita"

Alaíde Ventura Medina (México, 1985)

(fragmento)

Una casa puede formarse a partir de los objetos recuperados de un país perdido. Como traer alimentos a la hora del recreo y ver qué puede surgir de entre los restos de la cena de anoche y el desayuno de la mañana. Los que cargamos con más de un divorcio a costas entendemos bien estas reconstrucciones.

No hay casa nueva, lo que hay es un reacomodo de las piezas. La primera vez traje cubiertos de mi antiguo hogar. La segunda vez los compré en una tienda departamental. Lo que no era nuevo era mi hábito de no usarlos, de comer siempre con las manos, igual que un mono, como dicta la tradición jarocho de desayunar picadas los domingos.

Cada quien aporta un poco de lo que tiene. Algunos lo ofrecen todo, irrestricto, y algunos otros escondemos provisiones para los días de frío. Somos los exiliados. Los que sabemos que todo desaparece, hasta los países.

Alaíde Ventura Medina, "Epífita de ciudad inhóspita" (fragmento), en *Pizza y yogurt* (blog). *Este País* (<https://estepais.com/blogs/pizza-y-yoghurt-epifita-de-ciudad-inhospita/>)

Cuaderno de faros

Jazmina Barrera (México, 1988)

(fragmento)

En el cuento de Bradbury, al sonar la sirena emerge de los abismos un monstruo que habla el idioma del faro. Mira al faro con un amor profundo y se acerca a él, se abalanza y lo abraza, lo estruja hasta que lo destruye. Cometió el error de querer poseerlo. Aprendió, concluye McDunn, que en este mundo no se puede amar demasiado a nadie.



Jazmina Barrera, *Cuaderno de faros* (fragmento), México, Fondo Editorial Tierra Adentro, 2017.

Sed

Fernanda Triay (México, 1993-)

(fragmento)

“Usted tiene una preciosa horquilla que liga el interior y el exterior de su tobillo. Sin embargo, en usted, ese fibroso, maravilloso puente que une las dos partes con aquella articulación falsa que llamamos sindesmosis está dañado terriblemente. Necesitará cirugía, unos tres, no, menos, unos cinco clavitos...”. Rosita Zenteno fue ingresada a la sala A con su tobillo rebosante de calor, envuelto en tres capas cual delicada artesanía oaxaqueña. Llevaba, primero, un manto de algodón apelmazado alrededor del área del impacto y hasta alcanzar la pantorrilla. Después, le habían colocado una férula de yeso finamente esculpida a imitación de la modelo; para rematar, un vendaje común. La instalaron en medio de otras veintitantas camillas —o al menos así se sentía de tanto respirar otras humanidades— a la espera de que, en algún momento cercano, se despejara un quirófano y pudieran proceder.

A Rosalba Zenteno le parecía muy curioso que en la sala B se respirara casi pura testosterona. En la A, por su parte, el aquelarre era cien por ciento femenino. Por lo mismo, se conformaba de mujeres con heridas controladas y que no eran prioridad para llevarse a cirugía, pese a su vital necesidad. Rosalba había entrado un jueves en la noche, ya iba a ser domingo y todavía no daban noticia de cuándo iban a atender su caso. Todos tenían parientes que apelaran por ellos, pero Rosita estaba ahí sola. No dejó ningún recado en la puerta y, con las prisas y, con el susto, tampoco se trajo el celular. No es como que le preocupara mucho el comunicarse con alguien. Estaba sola, tranquila, esperando. Había una cosa como de resignación en el ánimo de la mujer. El domingo por la noche, le comunicaron por fin que ya estaba en la lista y que, en el mínimo momento en que se desocupara un quirófano, la iban a pasar. Claro está que si se presentaba alguna emergencia, algún paciente más grave, le darían prioridad a éste. Rosalba estaba nerviosa, casi como que no quería que le llegara su turno, pero, al mismo tiempo, ya estaba colmada de tanta incomodidad... Nadie dormía una noche completa; más bien, como intervalos de veinte minutos... Por momentos, el hedor era insufrible. A las mujeres con heridas en las piernas no las llevaban al baño, sino que les colocaban debajo el cómodo. Al principio, ninguna encontraba la paz mental para usarlo, o el cinismo para evadir la pena de sentirse observadas... No obstante, después de varios días, ya no quedaba otra solución. Los enfermeros tardaban —las más de las veces— bastante tiempo



Fernanda Triay, *Sed* (fragmento), Inédito, México, 2019.

en deshacerse de las inmundicias acumuladas y esto, aunado al calor, hacían de la sala A una celda pútrida de efluvio insoportable.

La situación no pudo sino ponerse peor porque, evidentemente, antes de la cirugía es necesario guardar ayuno. No se puede, siquiera, beber un poco de agua. A Rosalba le comunicaron que debía abstenerse de todo alimento desde el sábado por la noche para que, si todo salía bien, Dios mediante, la operaran el domingo por la mañana. Tomó su cena con el disgusto habitual de los últimos dos días e intentó cerrar los ojos. Las pelucillas de luz que se aparecen dentro del párpado, cuando uno intenta dormir, por lo general nos conducen a otro tipo de imagen al ingresar en el sueño. No obstante, para Rosita, todo era pura luz estrambótica; pesadilla descomunal; presagio del terror. Por primera vez, sus acompañantes nocturnos no tenían cuerpo, sino que eran entes abstractos de pura voz: la voz de Antonio tarareando sus melodías de esperanza; la voz gangosa de su madre quejándose de algún dolor; la voz de su maestra más odiada de la infancia diciéndole que nunca iba servir para ninguna cosa; la voz ruinoso de un padre ficticio, al que se dice recordar, pero probablemente se inventó. La luz sin forma dotó de nueva vida a las presencias más enraizadas, más malditas, más llenas de ella misma y que con tanto esfuerzo había querido suprimir. Guardar ayuno es como guardar memoria; uno no puede pensar sino en el hambre, aunque no se tenga. Uno no puede más que presentir la sed del otro día; uno espera. El carácter prohibitivo de las sentencias que se dictan a los enfermos sólo hace que la enfermedad se sienta más presente. Los sueños tienden a recordarnos sobre quienes nos han dejado tan solos, cansados, por voluntad. En la camilla dieciocho de la sala A del Hospital General Regional No. 2, alguien duerme, pero, por supuesto, no descansa.

Rosita Zenteno despertó pálida a las diez del lunes, tras cuarenta y nueve horas sin comer y no tomar trago de agua. Las amigas empezaron a preocuparse más de lo que ya estaban. La ansiedad cobraba el cuerpo de la figura de Rosalba. Esto era un caso inhumano. Cristina hizo que su perenne acompañante fuera averiguar qué pasaba. La cosa ya iba como para presentar una queja en Derechos Humanos, pero quién iba a pelear por una interna que no tenía a nadie. La afligida estaba que ya no hilaba palabras, extrañada, ida. Un enfermero se acercó y le dijo que le debía una disculpa, que al parecer no la habían dado de alta en la lista y simplemente se les traspapeló. Todo había sido en vano. Las mujeres exigieron que, entonces, le pusieran un suero, pero el enfermero les dijo que ahora sí ya era cosa de nada, que debían de aguantarse un poquito más; que no estuvieran de im-



pacientes. La cara de Lucía enfocó, primero, el semblante fantasmal de Rosita y, después, la mueca de hastío, falta total de compromiso, del enfermero; sus malas maneras. Entró en furia.

—¡Dénle algo de tragar, maldita sea! ¿Qué no ve que se nos va a desmayar?

El coro virtuoso se desató en gritos de las otras mujeres.

—¡Mírele nomás los labios, están todos blancos y secos, se nos va a morir!

—La señora no ha comido en dos días, ¿cómo va a ser posible?

—Déjenla tomar agua, por Dios, Rosalba, tómame un traguito, mi niña, por favor, ¡no te duermas!

El enfermero les dio la espalda y ni siquiera se dignó a responderles, no obstante, encendida la flama, Lucía tomó una muleta que se encontró a un lado suyo y le arremetió un golpe en la cabeza calva al enfermero. El hombre, desconcertado, se volvió sobre sí mismo y tomó a la joven por el cuello. El caos creció. Bendito Apocalipsis. Rosalba Zenteno no entendía nada. De nuevo las lucecitas blancas parpadearon frente a sus ojos y, de pronto, escuchó una voz que llenó el lugar: “Ya volví, Rosy. Prometo ya jamás irme; llevarte al cine una vez cada dos meses y no volver a bailar con las zuripantas en nuestras tardes de danzón. Ahora sí van a ser realmente nuestras porque voy a ser fuerte, Rosy. Por más que pululen las mujeres polilla y que yo sea encantador, sí, tan guapo, con mi diente de oro reluciendo en mi cara, te voy a guardar un cajoncito en mi casa para que pongas tus cosas. Vamos a ver juntos la comedia de las nueve y el programa de Laura a la hora de comer. Ya nunca me voy a reír de ti ni de tus pies con juanetes. Yo no era nadie hasta que me enseñaste a no usar los calcetines blancos con traje negro o azul. Ya nunca voy a dejarte. Te voy a guardar tu lugar para siempre dentro de este corazón lustroso”. Entonces Rosalba se vio y tenía los cabellos dorados, ya no pardos, ondeando hacia el sol y miró a Antonio más alto y más fornido. La sostuvo entre sus brazos velludos y la abrazó con la firmeza que nunca había tenido antes. “Antonio, retírame el vendaje. Una mirada tuya bastará para sanarme”. Un rayo ultravioleta se aproximó desde los ojos del hombre y... bum. Se acabó el delirio.

Antonio nunca acudió a la camilla dieciocho de la sala A del hospital número dos. Pero bienamado lector, no lo acuse de injusto. Mire que el hombre no sabía de la Rosa, ni de que estaba sufriendo. En esos momentos retozaba delicioso en los brazos rechonchos de alguna otra mujer. La vida real es injusta; es cruel. Todo esto es un cliché. Es más anónima y solitaria que los cuentos que se dice a sí misma una enferma para no morir de sed.



Educación y superación femenina en el siglo XIX: dos ensayos (1891)

Laureana Wrigth (México, 1846-1896)

Al proclamar dentro de los límites del decoro y la justicia la emancipación de la mujer, la igualdad de educación, de principios y de derechos entre ambos sexos por medio de una revolución intelectual que la mujer tiene que efectuar por sí misma y con el auxilio de sus propias fuerzas, como se efectúan todas las revoluciones, pues es inconcuso que ninguna dominación prestará nunca su sanción y mucho menos su apoyo a ninguna manifestación que signifique una sublevación o siquiera una protesta contra sus omnímodos poderes; al sostener la libertad intelectual y moral que en favor de la parte femenina comienza a difundir la cultura moderna, dos son los fines capitales que me propongo. Primero, dar a conocer a la mujer, conforme a la dignidad y la razón, sus verdaderos deberes, sacándola de la condición de sierva, elevándola a la categoría de soberana en la misión común de esposa y madre que le ha designado la naturaleza, y poniéndola a la altura de la ilustración y la libertad de que disfruta el hombre, para establecer la igualdad y la armonía en el matrimonio. Segundo, hacerla apta para atenderse y bastarse a sí misma, dándole la instrucción por salvaguardia, el trabajo por recurso y la dignidad por égida, y abriéndole las puertas de todas las ciencias, de todas las artes y de todos las carreras profesionales u oficios, que individual o colectivamente se sienta capaz de cursar, a fin de que pueda vivir por sí sola, sin necesidad de apelar al matrimonio como único medio de subsistencia.

(...)¿Qué necesita la mujer para llegar a esta perfección? Fuerza de voluntad, valor moral, amor a la instrucción y, sobre todo, amor a sí misma y a su sexo, para trabajar por él, para rescatarle de los últimos restos de esclavitud que por inercia conserva.

Cultivar su alma, su inteligencia y su corazón con todos los conocimientos posibles...

(...)¡Ojalá seáis vosotras unas de las primeras estrellas que iluminen con sus argentados destellos la hasta hoy triste, difícil y dolorosa senda de la mujer mexicana!



Laureana Wright, *Educación y superación femenina en el siglo XIX: dos ensayos de Laureana Wright*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación. 2016, (Cuadernos del Archivo Histórico de la UNAM).